

LA CASA DE LOS ARROTOS
POR EL CAMINO DE LOS ARROTOS

Francisco Pérez Baldó

A Josefina y Maria Jesús
12/09/2006

PRIMERA PARTE

Un aparador por legado

1

Cuando el tío Secundino exhaló su último suspiro, después de tres días de apacible agonía, tenía vivido casi un siglo. La gente se atareaba en dar su adiós definitivo a un tiempo contradictorio, que comenzó con el fin de un milenio y terminaba enfangándose en los más oscuros presagios. Los malos augurios se distraían con el cambio de moneda más anunciado de la historia, mientras la peseta se había ido diluyendo en un tamaño apenas perceptible. Aquellas pesetonas de plata que pesaban con fuerza en el bolsillo, eran ya un vago recuerdo en las ensoñaciones más remotas de los coetáneos del ahora finado que, de buen seguro, quedarían ya pocos en pie sobre la tierra.

La Navidad había traído de mejor o peor gana a buena parte de aquella interminable parentela, a toda la maraña de primos, sobrinos y allegados, en una retahíla de apellidos que se enredaban entre si como las cerezas, en las hojas de un árbol genealógico imposible de descifrar. Venían de todas partes, dispersos por el ancho mundo, que daban para eso y muchos más si otros mundos hubieran existido. Pues la costumbre de casarse con persona cercana, de reconocida honradez y probada solvencia, se había descompuesto a la tercera generación desde el abuelo: la de los nietos. El ritual de la boda ya no era la celebración familiar por excelencia, ni los símbolos que la escenificaban, largo tiempo cristianizados, se adornaban ya de los mitos arcaicos de las “proclamas” o del “rastros”. No era posible, entre contrayentes de tan dispares procedencias, recrear ceremonias concebidas para uniones casi endogámicas que no iban más allá de los pueblos de la contorna. En lo de la muerte sí, en la propia cama, rodeado de hijos y vecinos, como siempre había sido y con el médico del pueblo a la cabecera del lecho. Porque morir seguía siendo un acto individual y podía hacerse de acuerdo con las propias costumbres, sin que mediasen interferencias de personas de otras culturas o creencias, como en el caso de las bodas, que siempre ha sido cosa de dos.

Les recibía un cielo claro de diciembre, lujurioso de estrellas en la noche, que terminaba en heladas que hacían parar el curso de los ríos con un

hielo endurecido que se aguantó más de ocho días y que se quebró, la mañana en que Secundino García dejó de respirar, en una lluvia fina e intermitente y en un cielo azul plomizo de amanecer interminable. La niebla, que subía como un vaho pesado de los helados regatos, se deshacía en jirones con las luces de los faros, y la retorcida carretera aparecía y desaparecía a la vista como un animal huidizo que se escondiera detrás de los oscuros perfiles de los robles y de los fantasmales matorrales de las escobas. Sobre todo, en el paso de la Congosta, en el que la bruma que subía del río extendía un manto algodonoso al pie de los chopos de ribera, como si surgieran de la nada, recreando el escenario de un relato fantástico casi perdido en la memoria de las “veladas”.

Habían llegado todos a Maganza, en aquella mañana lechosa, convocados por la muerte del antepenúltimo exponente, de un clan que se resistía a desaparecer, dando testimonio de su existencia desde mediados del siglo XIX a principios del XXI. Aquella extensa descendencia ocupaba un período vital de largo recorrido, donde el catafalco y el oficiante parecían encajar más en el primero de los siglos que en el último. Pero la homilía se enredó por derroteros insospechados de modernidad, con aquel cura imberbe venido de fuera, que terminó recordando el reciente episodio de las Torres Gemelas y sus posibles consecuencias mundiales. El tío Secundino no lo hubiera entendido en vida y, ahora, no podía escucharle. Es casi seguro que no llegara a enterarse muy bien de lo que pasó aquel fatídico día con el que se adornaban las palabras del cura, confundido como estaba en aquella historia que le turbó los últimos meses de su vida, sobre una bailarina, que no se llegó nunca a descifrar si le afluaba una aventura de juventud o se trataba de un desvarío de la edad. Era conocida su afición a los bailes y a pegar la zapateta más alta que nadie, a trasegar el buen vino con o sin excusa, pero nadie daba crédito a una calaverada mantenida en secreto durante toda la vida y comentada sin pudor, ahora, a cualquiera que le abordara. Por eso llegaron todos a coincidir condescendientes en que se trataba de un desvarío de la edad.

No era un funeral sentido, por predecible. No había allí estridencias de llantos ni lutos excesivos. No quedaba ya viuda que consolar o hijos que sacar adelante, ni nadie agraviado en su hacienda o sentimientos por aquella muerte.

Era algo tan natural y aceptado por todos como el inminente tránsito de la peseta al euro que en esos días se consumaba. El tío Secundino, que abrió los ojos en los albores del siglo veinte, los cerró sin estruendo, sin molestias, sin apenas dar guerra, tal como había vivido, apaciblemente, en los primeros escarceos del siglo veintiuno. Atrás quedaba todo un siglo que él nunca se empeñó en descifrar con demasiado celo, atareado como estaba en las partidas de subasta del Café, la tertulia y el vino de la tarde, la templanza del huidizo verano y las largas veladas invernales que, como cuentas del *filandón*, iban desgranando las narraciones de la tradición oral que le conformaron una mentalidad algo fantasiosa y en alguna medida mítica. De un poso de historias oídas contar que dejaban un recuelo de imaginación fértil, que le llevaba a afirmar con todo convencimiento que, desde la terraza de su casa se divisaban los mismísimos Montes Pirineos (que había que echarle leguas), aunque eso sí, añadía: “En los días claros”. Y no constituía un comentario malicioso ni una enfatización ignorante, sino el sentimiento sincero de querer ver a Maganza en el epicentro del mundo, y que la calle apenas empedrada que cruzaba el río y el pueblo de parte a parte, se emparentase nada menos que con la Gran Vía de Madrid. Y este etnocentrismo compartido en mayor o menor medida por sus convecinos, el recién finado lo tenía en grado sumo. Era esa forma de pensamiento que terminó acuñando la frase de resignación: “Cosas de Maganza”; en boca de buena parte de los consortes venidos de fuera. Pues no habían sido estos iniciados en las mágicas veladas de hila, hilorio, hilandar y, sobre todo, del *filandón*; en esa tradición oral de ascendencia rural que identificaba a los naturales de las tierras de León y los diferenciaba de los foráneos, por el puro placer de contar historias. Era esa cualidad, casi mística, que se iba repartiendo de forma aleatoria entre mujeres y hombres y terminaba afectado aproximadamente al cincuenta por ciento de los nacidos vivos, como el mal de sangre, que les predisponía a las trombosis. No llegaron a advertirlo entre ellos, hasta la tercera generación, que como ha quedado dicho se fueron a casar a lugares remotos. Tal vez no quiso escudriñar más allá de lo que el destino le había deparado, y conforme con él, se enajenó de ese otro universo que se iba tragando a la extensa saga de mujeres y hombres que alumbrara su madre, y cuyos descendientes ocupaban ya todos los mundos posibles. Él, se quedó para ir achicándose con Maganza y desaparecer, con los últimos

estertores de una generación, como el genuino vestigio de aquel estilo de vida en decadencia y sin posible retorno.

La subida al cementerio se hacía por una empinada cuesta, a paso solemne, hasta que el aluvión de gentes colmó el eximio camino y los pasos se adentraron por las cunetas descarnadas cubiertas de zarzas, chapoteando en un barro rojizo, y se descompuso el cortejo. Entonces se produjo el revuelo de encuentros y saludos, de manos entrelazadas en silencio y, luego, ya en la explanada, entrado el duelo, el rumor de las conversaciones de los que se quedaron fuera sin traspasar el portón de *fierro* del cementerio.

Fue cuando creyó cumplido su compromiso con el ritual de la muerte y se quedó en un aparte, pisando las agujas de los pinos que crujían con el estallido de un hielo quebradizo; sonándole entrañables los recuerdos, las anécdotas que se contaban a hurtadillas de su tío Secundino; como la del vino que no dejaba rastro en los labios por ser blanco, y quedaba en paz su conciencia de no haber trasgredido la prohibición de amorrarse al pocillo enseñando con procacidad la lengua y afirmando: “Ahí te equivocas, que no fue tinto, y del blanco que bebí no puede notarse”. Era esa Arcadia feliz, casi mágica, la que se iba con él a la tumba dejándole una huella de ternura agarrada en el pecho.

En un recodo, junto a la tapia, creyó recordar el lugar donde enterraban las camadas de gatos ahogadas en el pilón, pero era una imagen confusa. Trató de divisar el pueblo, desde la atalaya, pero los tejados se escondían huidizos en una niebla que no acababa de levantarse. Entonces emprendió el camino de regreso ensimismada en una dulce ensoñación, como si en la niebla real que se resistía perezosa pegándose a la tierra se enredaran también sus más íntimos pensamientos. Tal vez era la emoción del ritual que rodea a la muerte la que le hacía sentir que algo terminaba, que la vida daba un giro insospechado e imprevisto de fin de milenio. A mitad del camino se paró. En los cuartales blanquecinos de escarcha de Los Arrotos se deshacía el telón de la niebla. Cerró los ojos y creyó ver surgir la casa, con su galería encarando al cerro de los Cuatro Bolos, con su huerta minúscula, rodeada de hortensias en los ribazos. Cuando abrió los ojos apareció la parcela llena de abrojos, el lugar donde se congelaban los anhelos de recrear el paraíso perdido de un tiempo ido que no lograba recuperar.

La niebla se iba levantando y dejaba paso a un sol de agua que empezó a poner nombre a las cosas. Al fondo, el río bajaba transparente por un lecho de piedras diseminadas que brillaban desprevenidas en guiños milenarios de alabastro pulido. Eran las piedras arrastradas por las torrenteras, de antiguas represas para remansar algo de agua para el riego del estío, cuando toda el agua era poca y se roturaban hasta los caminos. Los cuartales parecían en *fuelga* y había oído que no quedaban más de tres agricultores en activo. El pueblo se encontraba dormido en su sopor de siglos, arrancándose las legañas en los jirones de gasa blanca que parecían ascender de la tierra. Cuando llegó al primer tramo de asfalto, decidida a enfrentar cara a cara la realidad con el sueño, la imagen idílica guardada en el arcón remoto de la memoria con la verdad desnuda, se decidió a cruzar por la vía. Se quedó en suspenso frente a la báscula del fielato, con su garita de centinela, vigilando los andenes vacíos sin el calor de los pasajeros, de trenes fugaces y ruidosos que ya no paraban y pasaban de largo haciendo temblar las botellas en el vasar del Café. Era el estruendo que les despertaba en las siestas del verano, con su pitido farragoso anunciando su salida de la estación. Entonces si paraba y arrastraba vagones de patatas, de blancos sacos de harina recién molida en la fábrica del abuelo, y traía y llevaba pasajeros que se iban a recibir o a despedir en un revuelo de pañuelos blancos. Era el tiempo en que la casa, a imagen y semejanza del abuelo, proyectada y construida en buena parte bajo su dirección y sus manos de artesano, fue el espacio común de la vida doméstica y del quehacer industrial: hogar, cuadra, almacén, tienda... y todo recreado como un universo a la medida de su voluntad y necesidades. Pero la casa, la hace quien la habita, y las mujeres se ocupaban de dar contenido a aquel continente de la imaginación del hombre en su quehacer silencioso, sin aspirar a tener una línea menuda en los anales de la intrahistoria. A diferencia de la construcción tradicional, que resumía y aglutinaba entre sus cuatro paredes los espacios de habitación y oficios, el abuelo concibió un espacio público, con una calle de entrada y salida que posibilitaba el circunvalar todo el conjunto. Se demostró pronto la utilidad del diseño, que permitía dar una gran agilidad a las labores de acarreo y de carga y descarga. En el centro de aquel pequeño mundo estaban las mujeres, donde todas las actividades y productos domésticos terminaban, de una forma natural, convirtiéndose en actividad comercial por el impulso

emprendedor del abuelo y las hacendosas manos femeninas. Pero quedaba corto el dicho popular de que detrás de todo gran hombre había una gran mujer, en este caso se contaban al menos dos: la abuela y la mayor de sus hijas. Se diría que la imaginación del abuelo rozaba las nubes y los buenos oficios de la abuela ponían realidad, en sus comienzos, a todos sus proyectos. Así, podía verse a Domiciana González ocupada, de la mañana a la noche en despachar, llevar la cuenta de memoria de las transacciones y caer rendida en la butaca de la galería o de la entrada recitando en su magín las ventas al fiado, que transmitía de viva voz al escribiente a la primera ocasión. Leonardo García tenía la virtud de poner en actividad a toda persona de su entorno, reservándose el papel de director indiscutible de aquella orquesta. Por estos oficios de la venta al menudo de la madre, Bernarda, la mayor de las hijas, asumió desde bien joven el papel de regenta de aquella casa que se agrandaba cada dos años con un nuevo vástago, que venían al mundo al amparo de otro proyecto comercial de Leonardo, en lugar del modesto pan que suele ser común, en el decir popular, al nacimiento de cada hijo. Y como sobrevivieron y llegaron a la edad adulta once de los trece nacidos vivos, hubo de incrementarse el negocio de vinos al menor con el de patatas y abonos al mayor, al que siguió el de cereales. Y cuando ya la escasa gama de productos agrícolas tocó a su fin, Leonardo, dio un paso cualitativo a la producción de harinas y electricidad cuando su mujer alumbró al último de sus hijos por los remotos años de 1920. La casa era entonces un hervidero de idas y venidas, con el banco corrido de la cocina repleto de comensales y los dos comedores de la casa abiertos al apetito sin fin de los trajinantes que descargaban trigo y llevaban harina, o patatas y regresaban con vino.

Pero ella magnificaba en su recuerdo el intenso perfume a limón de la maceta de pelargonium y el verde pálido de sus hojas al contraluz, que alcanzó a contemplar sobre el alfeizar de la ventana de la entrada cuando ya la casa decaía en su impulso vital y sus ocupantes habían emprendido una desbandada general. Aquella actividad que llegó a ver en sus últimos estertores, cuando aún era niña, la volvía a intrigar después de un largo período de extrañamiento. Era ese fin de siglo, de milenio, que parecía arrastrar como en una ventisca de invierno, las *falispas* del tiempo, sobre el color sepia de las fotos antiguas y desvaídas. Eran retazos desconectados los

que trataban de agruparse en su memoria al conjuro que la muerte siempre trae, ante la constatación de que algo se acaba. Era también una sensación de que algo más moría, no sólo el tío Secundino.

La calle solitaria la hizo arrebuajarse friolera en una especie de escalofrío ante lo escatológico de su conclusión. Estaba frente a las casas de las tías, que se comunicaban por la galería que se asomaba al patio, aquel trío indisoluble que se quedara para siempre en el pueblo. El frontón de la puerta recordaba la caligrafía del abuelo, resaltando en sus iniciales sobre la fecha de construcción, era del año 1914. Allí habían vivido, allí las recordaba, siempre con sus pleitos interminables. Los aleros amenazaban desprenderse y los visillos de los miradores aparecían desgarrados. Los postigos atrancados demostraban el descuido en el que estaban. La puerta no cedía, parecía soldada en su estructura de recia madera labrada, donde unos arabescos de forja protegían los cristales emplomados. Desistió del empeño y se fue a la otra acera, donde el almacén de la panera se encontraba abierto. Traspasó el vano de la puerta y el amplio cobertizo apareció en toda la desolación de su abandono. Unos oscuros objetos, al fondo, llamaron su atención. Cuando se acercó a ellos comprobó con estupor que eran los molinos de hermosa y dura madera pulimentada, los que el abuelo trajo de Zurich para poner en marcha la fábrica de harinas. Los repasó uno a uno, sólo quedaban cinco. En el frontal de las máquinas aparecía la ciudad donde se fabricaron y el constructor. Eran auténticas piezas de museo. Recordaba una fecha imprecisa de finales de 1800, y estaban allí, tirados de cualquier forma como cacharros inservibles. No pudo evitar que se le atrancara en la garganta la imagen de los molinos dejados arruinar, como un nudo de desolación y desamparo. Creyó escuchar las risas de las primas jugando entre los montones de sacos, al escondite, en los veranos en que todas se juntaban, cuando se dejaban caer por el tobogán de madera pulida por el que los obreros deslizaban los fardos de harina recién salida de los molinos, cuando la fábrica paraba para limpiarla y refulgía el suelo y las piezas metálicas de latón como si las hubieran bruñado. Se le alegró el recuerdo con las multitudinarias celebraciones, cuando los bancos de la cocina y los dos comedores no daban abasto para sentar a toda su gente y se habilitaba la panera con tableros y caballetes para acomodar a los casi

cuarenta nietos. Tenía que hacer un esfuerzo de imaginación para recordarlos a todos, pero iban apareciendo al conjuro de la memoria.

El hueco oscuro de la bajada a la bodega la sorprendió al darse la vuelta, cuando trataba de salir a la calle, como el buraco de entrada a la madriguera de la raposa. Le pareció ver entonces las faenas de la vendimia, en la que todas las primas colaboraban, con los capazos de racimos llegando al lagar y el dorado líquido saliendo por el canalillo de la prensa. Buscó a tientas el interruptor y una mortecina bombilla alumbró los escalones. Bajó con tiento: la humedad rezumaba por las paredes. A la incierta luz de la bujía, colonizada por las telas de araña, aparecieron al fondo las diez cubas que ocupaban todo el frontal de la pared. Debajo, como aprendices de fudres y bocoyes, otros recipientes menores descuadernados. Eran once, uno por cada hijo, lo mismo que el pan de cada día, las partes de la matanza, o el pescado que venía en cajas desde Galicia y llegaba a todos de ese cuerno de la abundancia de la despensa inagotable de los abuelos.

Las duelas de los toneles, desencajadas, habían hecho saltar algunos de los aros de hierro del armazón, y los barriles y barriletes, alineados de mayor a menor, se empapaban con la humedad del suelo. Todo un destrozo de útiles destripados se arrinconaba sin orden ni concierto en la bodega subterránea cuyo origen se remontaba a principios del siglo XX. Aquellas barricas que se llenaban con los caldos venidos de Zamora, de la Mancha, y que llegaron a contener también los fabricados con la uva local de la viña familiar, en la que vendimiaban con regocijo todas las primas y cuyas cepas habían sido ya arrancadas de cuajo, eran la imagen viva de la desazón que sentía bullirle en el pecho. No quiso ver más, era altamente ilustrativo de la soledad que se advertía en los pueblos del camino, de esa decadencia que se hacía extensiva a toda la comarca. El impulso de aquella generación laboriosa y emprendedora se había vaciado de energía vital, las gentes huidas a la ciudad, las casas dejadas de la mano de Dios a la ruina del tiempo, las tierras en un barbecho sin esperanza de siembra, y la población diezmada en sucesivas oleadas de migraciones sin posible retorno. Era la estampa de casi “cien años de soledad”, de ese fin de milenio que amenazaba barrer, con el viento de la historia, hasta las leyendas de los antiguos Amacos, las *gens* astures que guardaron el oro de sus *arrugias* para escamotearlo de la codicia

romana. “¿Se repetía la historia?”, se preguntó, y se contestó serena: “La historia siempre se repite”.

Reconoció el llavín de hierro colgando de un clavo en el travesaño de la puerta. No pudo verlo al entrar, deslumbrada por la claridad de afuera, en la penumbra silenciosa de la panera. Lo cogió al vuelo y cruzó la calle cuando ya se escuchaban las voces de sus primas que bajaban por la cuesta del cementerio, que se le unieron para mostrarle su parte del legado de las tías, que por distintos avatares de la vida habían dejado este mundo sin descendencia. La cerradura respondió al primer intento y saltó el pestillo. Tuvo la certeza de que se había usado recientemente, pero el postigo rozaba en un abultamiento del suelo y se quejó con alarido añoso.

Al comedor de abajo se accedía por unos breves escalones. A la derecha se precipitaban unas empinadas escaleras que bajaban a la bodega. Una luz tamizada por los desgarrados visillos ponía un velo de misterio en los oscuros muebles, pero todo parecía en orden, como si las tías acabaran de recogerlo después de la comida de pontifical de las fiestas de san Roque. Desde el quicio de la puerta creyó ver a las tres preparando aquellos festejos pantagruélicos en que se resolvían todas las celebraciones. Solían condimentar hasta siete platos, y los estómagos de los pretendientes de las sobrinas se sometían a la prueba de fuego de aquel yantar desmesurado. El ambiente de duelo se había disipado con el calor del cariño que siempre se profesaron las primas, y se dejó llevar por las habitaciones desoladas hasta el mirador. Una parte del muro de tapial de la cocina se había derrumbado sobre el tresillo que le había correspondido en el reparto y alguna pieza quedó seriamente dañada: pero el aparador donde se guardaba la mantelería estaba intacto. En los cajones, que cedieron sin esfuerzo, había legajos de papeles y carpetas de colores desvaídos. Serían los tesoros de Angelina, la menor de las hermanas, la que había nacido en 1916 y se negó a crecer bajo el manto protector de Bernarda.

De la tía Efigenia, la única que llegó a casarse, le llegaban los efluvios de su generosa cocina, siempre dispuesta a agasajar a todo el que llegara de fuera, disputándosele a las bravas si fuera preciso a cualquiera que pretendiera escamotearle la invitación. Había nacido en el verano de 1903 y no llegó a tener descendencia. Pero en sus últimos años le entró la miseria, que

por estas tierras se traduce en un miedo a que los bienes no alcancen hasta el aliento postrero y cerró su despensa a cal y canto.

La tía Benemerita murió muy joven, mucho antes de que ella naciera, y su conocimiento se limitaba a lo que contaba Bernarda con orgullo, de que había superado con éxito la carrera de farmacia y regentado por algún tiempo la del pueblo, instalada en los bajos de la casa, en donde la ayudaba en las recetas magistrales, por lo que adquirió un conocimiento preciso en los ingredientes de los preparados más frecuentes y de las enfermedades a las que se aplicaban. Ya no quedaba ni rastro de los hermosos recipientes de alabastro blanco con sus leyendas en latín de todas las plantas medicinales. Murió por el año de 1944, a los 31 años, y con ella se fue también el proyecto de la farmacia, que languideció en otras manos hasta cerrarse por la penuria de clientes, cuando Maganza daba signos claros de una crónica despoblación. Pero la que le intrigaba realmente era la personalidad de la tía Bernarda, con su aspecto de dama decimonónica, con su autoridad indiscutible sobre todas las mujeres de la casa, con su conocimiento de los pormenores de la vida de sus hermanos y, a su lado, la silenciosa Angelina, como amanuense laboriosa tomando notas, guardando papeles, recreando aquel árbol genealógico en sucesivas y más frondosas representaciones. Le dio un palpito el corazón al recordar los papeles de los cajones del aparador: “¿Estaría allí el archivo de Angelina?”. El mueble le había correspondido en el reparto, de aquel remate de los enseres de las tías. Pero la voz de las primas la sacó de su ensoñación, la reclamaban ya para ir al Café, a tomar el vermú, pues era la hora del aperitivo y con tantas visitas, el día se había resuelto en un ambiente casi de fiesta, y el pueblo bullía como en sus mejores tiempos; de cuando el tren paraba majestuoso en la estación, los carros de bueyes esperaban pacientes a descargar en los almacenes del abuelo, y el mundo era luminoso y diáfano en la trilla y en las eras, y en todos los lugares y rincones de Maganza.

Los muebles tardaron más de dos meses en llegar, y tenía casi olvidado el episodio de los papeles de Angelina, cuando le anticiparon por teléfono el aviso de la entrega inmediata. El tiempo había transcurrido en un vuelo, enzarzada en los acontecimientos cotidianos, en el trabajo, donde el episodio

de la visita a Maganza quedaba relegado a un lugar incierto de la memoria, como en un sueño congelado. Pero el anuncio, le trajo añoranzas de otra casa, la de Sueros: del olor de las “tostas” de manteca del desayuno, de los paseos veraniegos para bañarse en el río, de salir a respirar el aire mañanero de los bosques de pinos y de la casa de veraneo bordeaba de dalias a orilla de la carretera. Por la tapia, asomaban las ramas del moral, del que recogían las moras para sacarles el jugo que decían era vino, en los juegos infantiles de aquellos veranos con sus primas. Eran cinco hermanas. De aquella rama brotó la estirpe de las mujeres, con los genes intactos de la abuela Domiciana y alguno de sus rasgos de carácter. Se quedó absorta en la conclusión como si se tratara de un descubrimiento y le llegó la imagen de las ramas sin continuidad que representaban a las cuatro tías. De los abuelos predominó la descendencia de hombres, pero a la siguiente generación, eran las mujeres las que florecían con pujanza en las hojas de aquel árbol. Hubo que esperar a la siguiente hornada, pero las leyes de la herencia se desquitaron con creces. Entonces le entró la impaciencia por escrutar en los papeles del cajón, en el misterio de las cuatro tías sin descendencia. Las circunstancias de aquella anomalía le parecieron siempre evidentes. A Bernarda, en su papel de dirigir los destinos de la casa, en sus desvelos por llevar a buen término las fortunas y el acomodo de todos los hermanos, se le fue la juventud y los pretendientes y terminó sacrificando su propia vida a la de los demás. Efigenia, que llegó a casarse, simplemente no tuvo hijos, porque el marido provenía de un cruzamiento interesado para mantener las propiedades en pocas manos y ya venía aquella sangre debilitándose en enlaces de nulas descendencias. De Benemérita, sus estudios en Madrid y su muerte prematura justificaban plenamente la soltería. Y, de Angelina, su defecto en la pierna desde la juventud la sacaba de lleno de la posibilidad del matrimonio que nunca se supo si lo pretendió, o simplemente se conformó con su destino de moza soltera y encontró consuelo en las novenas y en las misas y rezos de la iglesia. Siempre lo había entendido así, era algo que no tenía posible contestación.

Y eran las mujeres de la tercera generación las que iban regresando a Maganza, restaurando las casas que amenazaban ruina, alentando algún proyecto de recuperación, sin ruido ni alharacas, estableciendo las bases de un retiro futuro en la madurez de la vida. Y a ella, la pulsión del regreso le

andaba rondando en aquella idea largamente acariciada de la casa de Los Arrotos. Creía ver la mano del destino en la coincidencia de las ramas secas del árbol y en la pujanza de las hojas femeninas en la descendencia de los varones, pero se decidió por fin a desvelar el secreto que contenían aquellos cajones.

El inventario de los papeles del primer cajón arrojó el saldo conocido de tarjetones de celebraciones y menús de bodas, además de algunas notas incomprensibles a primera vista que puso aparte. No estaban ordenadas como las recordaba, y se afanó en darles un orden lógico, siquiera de fechas. El segundo cajón se le resistió algo, atascado seguramente durante el transporte; pero era el peso enorme de una apreciable cantidad de legajos, documentos y escritos. Se paró sin atreverse a profanar su contenido, de aquellos papeles celosamente guardados, seguramente por Angelina. Pasó los dedos sobre la superficie de una carpeta de gomas. No, decididamente no se sentía autorizada a entrometerse en aquella intimidad. Era una simple casualidad el hecho de que llegaran a sus manos, encerrados en los cajones del mueble que le correspondió en el sorteo. De otra parte, pensaba, que el azar la había elegido a ella, y nadie más se había interesado por aquel montón de papeles que amarilleaban con el tiempo. Llevaban algunos años reposando en el silencio de la casa sin despertar interés. Unos quince años aproximadamente, arriesgó en su cálculo, siguiendo la hipótesis de que era la mano de la tía Angelina quien los había puesto allí. Se dijo que tenía que pensarlo, tal vez consultarlo, antes de entrar a espulgar su contenido. Se consoló finalmente con esta idea y cerró los dos cajones del aparador.

2

El nacimiento de Bernarda vino precedido por signos de viento y agua, de un enero de copiosas nevadas que se resolvió en un aguacero de diluvio y destrozó las paredes de adobe y la techumbre de cuerno de más de una

docena de casas. Pero su alumbramiento se retrasó hasta el mes de febrero, y abrió sus ojos bajo el signo de Acuario, en un paisaje desolado de caminos arrasados por los cauces dislocados de ríos fuera de curso y de casas desmochadas por la fuerza del viento. Maganza era entonces un lugar olvidado y remoto, a escasos kilómetros de la ciudad, donde las noticias llegaban traídas por transeúntes al paso de sus caballerías. No habían pasado por allí los viajeros románticos en su pulsión por descubrir el mundo y apenas era unas líneas desdibujadas en el Diccionario de Madoz, de mediados del diecinueve, en el que se daba cuenta de sus manantiales y de las tierras de linar y seco. La población se había recuperado desde que se editara el Diccionario y se mantenía abierta una escuela cuyo maestro fomentaba el arraigo a unas tradiciones y formas de vida ancestrales. Maganza vivía ajena, en su crisálida de largos inviernos, en su economía de subsistencia, donde los adelantos de la Revolución Industrial se resumían al ferrocarril que ninguno quiso y terminó pasando por las afueras de aquel pueblo que marcaba los límites del señorío. Nadie supo ver en un principio ventaja alguna en el invento desaforado de humo y trepidaciones, más allá de su inquietante tránsito haciendo temblar los cimientos de las casas, hasta que empezaron a llegar gentes que nunca habían sido vistas en el lugar, en su paso apresurado hacia Galicia. Algunos vecinos bajaban curiosos y paseaban unos instantes por el andén. Luego, empezó a utilizarse en los desplazamientos de los comerciantes y en los viajes de necesidad imperiosa a las consultas de los médicos. El paso del tren se fue aceptando como algo normal, cuando los chiquillos le perdieron el respeto y colocaban en los raíles pequeños objetos metálicos para comprobar la fuerza descomunal de sus ruedas de acero, que laminaban cuanto encontraban en su camino. No pasó inadvertida a Leonardo la capacidad de carga del tren. En un sencillo cálculo, que podía hacer de memoria, cada uno de aquellos vagones que arrastraba la máquina de vapor podía transportar el equivalente de cinco carros de bueyes y llevarlos en unas horas hasta los puntos de distribución y consumo. El tiempo era otra variable fundamental de sus elucubraciones y ponía a su alcance mercados que antes eran inaccesibles al paso lento de las caballerías. Pero para ello, concluía, era necesario primero organizar la producción de toda la comarca, adecentar los

caminos, conseguir la fuerza motriz necesaria para mover las máquinas que sustituyera a los animales de tiro y a los brazos de los hombres.

En aquel año en que el siglo XX se iniciaba, Leonardo García andaba empeñado en la ampliación de la casa, pues el nacimiento de la hija, al que había precedido el de su primogénito varón, le hacía presagiar una amplia familia para la que necesitaba espacio. Su sentido práctico le aconsejaba aumentar las dependencias y se decidió a adquirir el solar de al lado. La compra se resolvió con el pago en efectivo y se diligenció en un pliego de papel timbrado para darle mayor solemnidad al acto. Lo redactó él mismo, bajo la conocida fórmula de *Para siempre jamás*, con primorosa letra de grandes rasgos. Pero en su mente ya bullían proyectos largamente elaborados en sus soliloquios de pastor, cuando era poco menos que un zagalillo apacentando el rebaño familiar, mientras tallaba la madera con su navaja de la que lo mismo salían cristos crucificados que utensilios domésticos. El ferrocarril era una gran oportunidad que no se aprovechaba lo suficiente. Por eso pensaba en espacios para almacenes, en incrementar su incipiente industria de venta de vinos y algún otro proyecto que ya le rondaba la cabeza. El mismo año de su casamiento había invertido todos sus ahorros en la compra de varias fincas de centenal, y dos años después, su esposa y él habían recibido las hijuelas paternas. Era un razonable patrimonio que, junto a la profesión de carpintero en la construcción de carros, le permitía vivir sin agobios. Pero el sólo trabajo de las manos no hizo a nadie rico, ni se conformaba con comer toda su vida de cuchara; aunque le parecieran excelentes las sopas de ajo o de berzas y estimara, en la pirámide de la gastronomía local, el cocido de fiesta. Pensaba serenamente que más podía ganarse la vida ejercitando la mente que con la fuerza bruta de los brazos. Fue Bernarda la que lo animó, desde su cuna, cuando creyó ver esa mirada inteligente en la hija de pocos meses que parecía asentir a cada una de sus meditaciones. El hijo varón sería su sostén, y a su mujer, bien podía ayudarle la hija con la que se acababa de bendecir la casa, que se ampliaba para recibir a cuantos hijos quisiera Dios concederle. Y con estos propósitos se armaba de valor y razones en su empeño de cambiar la empobrecida economía aldeana de toda Maganza.

Cuando Bernarda estaba a punto de cumplir su primer año, en Madrid se estrenaba "Electra", la obra de Benito Pérez Galdós, que encendió la

polémica entre liberales y conservadores y se extendió en manifestaciones y algaradas en las grandes ciudades, donde se iba cantando la *Marsellesa* y el *Himno de Riego*, y se gritaba: “¡Mueran los jesuitas!”. En el centro del debate el papel de la escuela pública y laica, contra la enseñanza obligatoria de la religión. La decisión de Romanones, de incluir el sueldo de los maestros en el presupuesto del Estado y que la religión no fuese asignatura obligatoria sin necesidad de declarar el credo de cada uno, fue una medida que Leonardo recibió de buen grado. Era un sincero admirador del político liberal y, como él, a pesar de profesar el catolicismo, algo renuente a la mano ancha que tenían los curas para intervenir en todo lo divino y lo humano. En Maganza, la homilía del domingo se convertía en guía y norte de las vidas de las gentes, lanzaba anatemas contra los que se atrevían a faenar en fiestas de guardar aunque hubiera que regar o recoger la cosecha, y establecía una moral de hierro que no podía ser trasgredida. Nadie osaba replicar al cura, investido de un poder que nadie le había dado, pero que la iglesia siempre se tomaba de añadidura para dirigir el mundo desde el púlpito. Asistía a los oficios religiosos, pero se interesaba más que por las diatribas del cura, con los asuntos del concejo abierto que se celebraba a la salida de misa. Se tenía ganado un razonable prestigio por sus fundadas opiniones, sus moderados juicios y su interés por los asuntos del común, pues nunca pleiteaba por sacar provecho propio de su razonable oratoria. Antes bien, prefería siempre un mal arreglo que el mejor de los pleitos a su favor y, sobre todo, convencer con ejemplos para llegar al consenso que siempre buscaba. El estar mejor informado le suponía una ventaja apreciable sobre sus convecinos, pues dominaba razonablemente la lectura, la escritura, el cálculo aritmético y el dibujo artístico. Y el hecho de que la mayor parte de los adultos fueran analfabetos, les impedía el acceso a los periódicos y revistas que él sí leía. Quedó al tanto, aunque con algunos meses de retraso, del revuelo organizado a raíz del estreno de la obra de don Benito, pero la noticia que captó su atención fue el sueldo de los maestros. Esa idea le rondaba la cabeza y era su propósito plantearla en el concejo, cuando la mujer ya estaba encinta del tercer vástago y la población infantil crecía sin una escuela cercana, expuesta a los caminos intransitables de los crudos inviernos y a un alto índice de absentismo a consecuencia de la climatología. Su razonamiento fue, aparte de esas consideraciones de orden práctico, que el

progreso vendría de la mano de personas que ejercitaran el músculo del cerebro y que no era posible avanzar sin jóvenes preparados en una escuela. Su propuesta quedó aceptada, pero faltaba conseguir la aquiescencia de las autoridades provinciales, allegar recursos para la construcción de un local decente y la adjudicación de uno de aquellos maestros que se pagarían con el presupuesto del Estado. Desde entonces, el proyecto de la escuela se sintió como una necesidad urgente, y se resolvió dar poderes a una comisión que encabezó Leonardo García.

Había conocido a don Florentino en uno de sus viajes a la ciudad de Astorga, cuando empezó a utilizar el tren en sus desplazamientos y dejó el caballo para sus visitas a las fincas. Aquella amistad la cultivaría durante toda la vida y, aunque no era afín a las ideas krausistas de los fundadores de la escuela de Villameca, sentía un gran respeto por las opiniones de aquel maestro. Ese era el modelo, una escuela donde se aprendieran cosas útiles para la vida, no sólo cánticos y rezos. Fue un encuentro casual, en el puesto de periódicos, donde trabaron conocimiento. El hecho de compartir la pasión por la lectura y que ambos coincidieran en adquirir algún ejemplar de la prensa de Madrid, era ya causa más que suficiente para aventurar comunes aficiones. En la plaza del ayuntamiento se demoraron en un tibio sol de invierno, pasado el mediodía, cuando Leonardo decidió lanzar su invitación a comer. Era de natural espléndido, y en lo tocante a comer no admitía demoras, pues sus jugos gástricos le reclamaban con urgencia que ya era la hora. Interesado en la conversación que mantenía con el maestro, pero sin olvidar los apremios de su estómago, se acercaron a “La Peseta”. Les recibió el que regentaba el establecimiento y les buscó acomodo en la mejor mesa disponible. Allí se inició una sólida amistad con la que no pudo ni los desencuentros de la Guerra Civil, ni la dura represión de la dictadura que le siguió, que se ensañó especialmente con los maestros de aquella ilustre institución de la fundación “Sierra Pambley”. Con la sopa y las truchas se les calentó el ánimo y la conversación derivó en confidencias mutuas sobre la situación del país, pues la tan cacareada Restauración no había conseguido desterrar del todo el halo de amargura de la pérdida del imperio de ultramar, de la Perla de las Antillas, y de tantas afrentas recibidas en tan poco tiempo en el honor patrio. Quedaron en verse en

cualquier ocasión, y no consintió Leonardo en compartir la cuenta, pues había invitado él con mucho gusto.

Nunca llegó a tentarle, ni de pensamiento, el poner aquellas dos pesetas en la lista que llegó a las ciento cuarenta, entre viajes y presentes a políticos y funcionarios, de la encomienda de la escuela. Y aunque llevó puntual nota de todos los gastos, tampoco llegó nunca a reclamarla. Era, ante todo, una invitación de amistad. Y bien invertidas que resultaron en el futuro aquellas dos pesetas del menú de a peseta de “La Peseta”, pues no hubo proyecto que no comentara con su recién adquirido amigo, de los que emprendiera en sus largos años de vida y de íntima amistad.

De sus encuentros ocasionales en la ciudad pasaron a visitarse bajo cualquier pretexto, pues razones tenía Leonardo con la preocupación de la escuela, y en llevar a buen término el encargo. Visitó la de don Florentino, y se admiró del sentido práctico de las enseñanzas que allí se impartían, tomando nota de las disciplinas y conocimientos sobre agricultura en las cuidadas parcelas habilitadas para el caso. Los libros de la biblioteca estaban a disposición de los alumnos, que los consultaban con interés, aunque no utilizaran libros de texto determinados que aprender de memoria, ya que el ideario de aquella escuela anteponía ejercitar el razonamiento. Salió convencido de que había que tomarse aquello como modelo, con unos libros bajo el brazo que le prestaran. Allí pudo comprobar algunas de sus certezas y renunciar a otros desvaríos que le intranquilizaban, y devolvió puntualmente los prestados para conseguir nuevas lecturas. Así avanzó en los conocimientos que iniciara por pura intuición, observando a los que sabían el oficio, para tomar ventaja a través de la teoría y con el refuerzo empírico de las descripciones de aquellos libros. No eran filosofías extrañas las que ocupaban su tiempo, sino las artes y oficios que se contenían en muchas de aquellas páginas que, andando el tiempo, terminarían en la hoguera de las pasiones desatadas con la incivil contienda. Pero el largo período de la Restauración, que se iniciara a los pocos años del nacimiento de Leonardo, trajo el sosiego necesario para impulsar una apreciable modernización, que se reflejaba en el impulso industrial de Cataluña, Vizcaya y Asturias, ejemplos en los que ponía su mirada a través de los diarios y, después, en las conversaciones con don

Florentino. Ese era el tren al que pretendía agarrarse, aunque fuese en el furgón de cola.

Las ampliaciones iniciadas avanzaban a buen ritmo, cuando cayó en la cuenta de que precisaba espacio para una bodega y, como era costumbre, la proyectó bajo tierra duplicando el espacio inicialmente disponible. Sin meditarlo dos veces se puso en camino a tierras de Valladolid, hasta Rueda, donde remataría el negocio de la compra de las cubas que precisaba y que fue proyectando en el tren, dibujando y calculando su aforo. Aquella cómoda forma de viajar no tenía comparación con el penoso camino en carros de bueyes, que emprendiera en su juventud, a vender las peras de los excedentes de la cosecha del verano. Lo que le trajo el recuerdo de otro viaje, aquel en el que se concertó su boda, con tiempo y camino más que sobrado para entrar hasta en el más mínimo de los pormenores, con la pastora del otro valle que conociera en sus andanzas por los pastos comunales y que ahora era su esposa. Y se aficionó definitivamente a aquel sistema de transporte, y entró de lleno a conocer los entresijos del papeleo que requerían las facturaciones de los vagones de mercancías.

Las cubas y fudres llegarían por ferrocarril, lo tenía decidido, mientras dibujaba con su lápiz de carpintero las duelas de roble de los toneles. De Rueda admiraba la personalidad de los blancos, que apreciaba sobre cualquier otro vino, porque se criaban por el procedimiento de las soleras y adquirían un temperamento sin igual. De Zamora, la reciedumbre de los tintos, que parecían masticarse en el paladar. Y en todos encontraba alguna virtud, pues tenía al vino como bebida primordial, que por eso se consagraba en la misa. Cuando terminó sus cálculos y dibujos se dedicó a contemplar el paisaje, en uno de los pocos respiros que dejaba a sus manos, aunque su mente no dejara de trajinar.

En aquellas ausencias de negocios quedaba Domiciana como ama y señora, atendiendo las obligaciones de una casa que se agrandaba por momentos y, en ese preciso viaje, con su tercer embarazo tan avanzado que amenazaba con parir en cualquier momento. Bernarda ya hablaba con desparpajo y caminaba la casa escrutando hasta el último rincón, aguzando su ingenio en prematuras premoniciones que nadie entendía. “Será una hermana”, le dijo a su madre desde el escaño de la cocina, y Domiciana se

volvió jovial ante la ocurrencia de la niña que acababa de cumplir tres años. Pero cuando Efigenia vino al mundo, con su cara coloradota de sana labriega, se acordó de la premonición de Bernarda y no pudo reprimir un leve escalofrío. Y así fue creciendo, con una seriedad que asombraba, en el ambiente cálido y sencillo de una casa de labradores que prosperaba. Luego, conforme iba cumpliendo años, se fue haciendo cargo de las tareas de dirección de la casa y la madre la dejaba hacer, para ocuparse en exclusiva de atender el negocio familiar y llevar cuenta de la hacienda que se agrandaba con una clientela interminable, que se quedaba a comer en su cocina, mientras cerraban tratos con el marido.

Regularmente, cada dos años, Domiciana dio a luz a cuatro hijos varones consecutivos. Con la misma puntualidad matemática, a dos hembras, para terminar su vida fértil con el alumbramiento de sus dos últimos vástagos. El benjamín llegó a una casa superpoblada donde había que aguzar el ingenio para agarrar la mejor de las tajadas, de los largueros que aparecían en la mesa y desaparecían como por arte de encantamiento. El apetito de aquella caterva no tenía fin y para satisfacerlo, los fogones de la cocina funcionaban sin descanso de la mañana a la noche. Cada cual desarrolló su particular habilidad para medrar y sobrevivir, que no era tarea apta para pusilánimes, pues a veces había que ejercitar las piernas y salir ligero hasta esconderse en la Chopa para devorar con algo de sosiego la presa de cerdo o de vaca. Con tanta competencia se criaron fuertes y ágiles, lo que pudieron demostrar al correr el “pico del bollo”, en las bodas, pues nadie pudo nunca darles alcance. Pero criar a doce hijos hasta la edad adulta, con aquel apetito desmedido, precisaba de una generosa hacienda que, aunque se había ampliado con el negocio de los vinos al por mayor, las patatas y los cereales, amén de la producción de las fincas propias que no dejaban de crecer, parecía empresa hartamente difícil. Hasta el año de 1920 había aún más bocas que brazos, pues solamente el mayor, Gerardo, tenía edad para ocuparse de los negocios paternos. En los trabajos domésticos ya ayudaba Efigenia, y la mano de Bernarda dirigía con acierto toda la casa, pero fue preciso recurrir pronto al auxilio de los criados y de las amas de cría. Por causa de una de aquellas madres de leche poco honesta, hubo dos hijos que no medraron en estatura, como el resto de los hermanos. No quiso confesar que se le había retirado la leche, por temor a perder el

dinero que le daban, y los crió con patatas cocidas. Tal vez aquella dieta, además de dejarles algo mermados de estatura, tuvo el sortilegio de hacerlos tan parecidos que hasta los propios nietos llegaron a confundirlos en la vejez, pues se llevaban algunos años. Se supo más tarde, por su lacto fobia, al preferir siempre el vino a la leche que no habían tomado en la lactancia. Los menores ayudaban en la algarabía de la recolección, en la vendimia de la uva y en atropar la fruta en verano, pero faltaban brazos. Nunca permitió Leonardo que sus hijos dejaran la escuela por mayo, para ayudar a las labores del campo, como era frecuente entre sus vecinos. Ni permitía que el mal tiempo arruinara sus clases, cuando aparejaba el carro de buena mañana y los dejaba en la puerta de la escuela. Tampoco hizo distinción entre varones y hembras, pues cada cual, según sus particulares méritos y aplicación, podía llegar en sus estudios hasta donde quisiera. Tuvo siempre a gala que su hija Benemérita fuese la primera mujer que pisó la facultad de farmacia, la hija de un labrador de la remota Maganza y, si Bernarda no siguió estudios fue por voluntad propia, pues nunca puso veto a los proyectos de sus hijos. Les dejó siempre hacer con liberalidad y condescendencia, al tiempo que sopesaba prudentemente la dirección que tomaban en sus vidas. Era corriente que los mayores sacrificaran sus aspiraciones en favor de los que les seguían. Tal vez por eso Gerardo no tuvo otros estudios que los de la escuela, pero le aprovecharon tanto que cualquiera hubiera dicho que había llegado al grado de doctor en economía, cuando se emancipó y superó con creces los sueños más arriesgados de su progenitor en los negocios. Pero Bernarda, que entendió desde bien joven el papel que tenía que desempeñar en la casa paterna, nunca descuidó por eso su afición a la lectura, y se leía los periódicos desde la primera página, quedando enterada de lo que pasaba en el mundo. Cosa insólita era aquella de una mujer leyendo la prensa en Maganza, y desde bien joven cobró fama de resabida y sabihonda. Efigenia nunca aprovechó para los estudios. Desde que era una niña quedó sentado que sus preferencias estaban en la cocina, disciplina en la que tuvo ocasión más que suficiente para emplear todo su tiempo disponible y más si hubiera tenido. En la ciencia que profesaba ningún mal había que no pudiera curarse con la comida, desde el dolor de cabeza a una gripe, que con buenas defensas cualquier enfermedad retrocedía. Su teoría se demostró acertada durante la gripe de 1918, pues de

su casa no llegó a faltar nadie, a pesar de la mortandad que dejó en todo el país. Ella siempre mantuvo que fueron los guisos de la cocina los que obraron el milagro de que ninguno de sus hermanos se malograra.

A veces se dice, que los grandes hombres surgen de la necesidad, y que es en las situaciones calamitosas donde les sale el temple y la decisión necesaria para solucionar los graves problemas. Y era verdad, que de seguir en aquel estado de cosas no había hacienda que llegara. Tal vez por eso, y porque una vez crecidos había que buscarle ocupación a una descendencia tan numerosa, que Leonardo dio un paso cualitativo. La venta al por mayor de productos agrícolas era una consecuencia lógica del oficio de agricultor. No había que aplicar otros conocimientos que el sentido común, algo de capital y espacio para almacenes. Era cierto que no todos los agricultores estaban capacitados para llevar las riendas de un negocio. Se precisaban algunos conocimientos de cálculo y escritura para desenvolverse en transacciones regulares, más allá de la venta anual de la propia cosecha. Pero se trataba de la misma lógica, aunque al contrario, de vender los productos propios: conseguir el menor precio posible a pie de cuartal y obtener ventaja en mercados alejados. Ese era el óptimo de cualquier mayorista del momento. Las complicaciones estaban en el crédito, la aceptación de letras de cambio y disponer de efectivo suficiente, porque la solvencia comercial daba solidez a la firma. La firma propiamente dicha, y el cuño, que puestos sobre un pagaré o recibo les daba credibilidad o lo convertían en papel mojado. La firma y el cuño de Leonardo García, desde que se inició en los negocios, tenían el valor de los billetes de banco.

Así fue, como haciendo de la necesidad virtud, se lanzó a la aventura que imaginara en sus vigilias de pastor, de las enseñanzas con las que se *empapuzó* en la bibliográfica básica de la escuela de don Florentino y discutió luego en las sosegadas veladas que mantuvo con el maestro, mientras sus convecinos jugaban al tute o a la subasta en interminables y acaloradas partidas. Tuvo que ver también, sus frecuentes viajes a tierras de vino y de pan llevar, donde se iniciaba una tímida industrialización. En tierras de cereal y de viña de grandes extensiones se rompía la dinámica de la producción para el autoconsumo, y era preciso poner en práctica otras energías más eficaces que la fuerza de los propios brazos, o de las norias de agua o sangre. Pero la

imagen que siempre le venía a la cabeza era la de la iluminación, el Palacio de la Electricidad de la Exposición Universal de París de 1900. La sala de máquinas movidas por esa nueva fuerza invisible que podía transportarse a distancia a través de unos cables, era su obsesión. Había seguido los avances en el perfeccionamiento de la lámpara incandescente, la burbuja de vidrio con un filamento metálico que alargaba el día, que desterraba las sombras de la noche y permitía trabajar cuando la luz del sol desaparecía. Era ese tiempo inactivo el que le azogaba, pues no le era suficiente la luz del candil con el que se alumbrara para tallar filigranas de artesano en el armario de luna de su cuarto. Fue un trabajo de juventud, y tal vez por esa osadía de los pocos años, talló su cara en el coronamiento de la luna. Se ayudó de un espejo, a la incierta luz del candil, y tal vez por eso no se encontró nunca muy favorecido.

Sus intuiciones se iban confirmando. No era un conocimiento preciso, que aún no tenía. Pero ya era posible transformar la fuerza del agua, en su caída, en esa energía intangible que tenía la virtud de mover máquinas a distancia. Los molinos de agua, desde tiempo inmemorial, trituraban el trigo en fina harina, movían la muela, pero siempre a pie de cauce. Y ahora era factible transportar esa fuerza y emplearla en diversos usos. Esa era la energía vital que necesitaba: llevar la luz a Maganza y, al mismo tiempo, utilizarla para mover sus propias máquinas.

Cuando empezó a levantar los sólidos muros de mampostería y a dinamitar simultáneamente el canal de mil metros de longitud que llevaría el agua a sus turbinas, los habitantes de Maganza creyeron que su vecino Leonardo estaba poseído por una extraña locura. En las partidas del Café se comentaban aquellas obras descomunales como un proyecto excesivo, una quimera, pues pocos conocían la existencia de esa nueva energía que convertía la noche en día y hacía rodar las máquinas con una fuerza que venía por unos hilos de cobre. Los escépticos vaticinaban una ruina segura para los sueños de grandeza de su inquieto vecino: “¿Quién pagaría por utilizar aquel invento extranjero?”. La voz se corrió por toda la contorna y llegó a oídos de don Florentino, que sí sabía de tales proyectos. Se acercó el domingo, hasta la iglesia, y llegó a tiempo de escuchar una extraña homilía en la que se mezclaba al maligno, en confuso revoltijo de cajón de sastre, con aquellos adelantos que ponían en solfa la obra del Altísimo. Algo tendría oído el cura,

de que aquellas nuevas industrias no pagaban diezmos ni primicias, para arremeter con tan desaforado alegato. Pero don Florentino se atrevió a defender al amigo, en el concejo que siguió a la misa, tratando de poner las cosas en su sitio. Trajo a colación, en su documentada plática, que también la Iglesia se había opuesto al cultivo de la patata, por criarse bajo tierra y ser cosa del maligno, pero que la razón verdadera era otra bien distinta. Se trataba sin duda de que los nuevos cultivos de ultramar no rindieran tributos al clero, pero habían supuesto un claro incremento en la dieta y las ganancias de los labradores, que todo había que decirlo. Siguió con una encendida defensa del progreso y terminó dejando sin argumentos a los díscolos, con su descripción de los inventos de la Exposición de París, a la que no pudo ir, pero que conocía por sus lecturas. Se apaciguaron los ánimos, y hasta los del cura, pues Leonardo tuvo la feliz idea de garantizar iluminación gratis para la iglesia cuando la instalación se pusiera en marcha. Los curas, es sabido, que nunca dejan pasar por alto una ocasión como esa y, aunque su oficio principal sean las cuestiones del alma, no es menos cierto que al espíritu se llega una vez resueltas las del cuerpo. Calculó el cura en el tiempo que tardaba en santiguarse el ahorro en velas y candiles de petróleo, yéndose satisfecho. Esa era la mayor virtud de Leonardo, siguiendo la máxima evangélica de: *“A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”*.

Ya en privado, con don Florentino, se explicaba en los siguientes términos: “Quiero yo luz para mi casa y la fábrica que proyecto, busco el progreso, pero no puedo hacerlo solo. Lo que aprovecha a mis vecinos me beneficia a mí, y nada puede hacerse, amigo Florentino, sin el parabién de la curia. Bien empleadas queden esa media docena de bujías prometidas y, con esa luz que la iglesia bendice, nos alumbraremos todos”.

Cuando se consumaba el golpe de Estado del general Primo de Rivera, en septiembre de 1923, y se daba por concluido el largo período de la Restauración, la nueva fuerza motriz del salto de agua llegó a Maganza y puso en marcha los molinos harineros. Las bujías de diez vatios iluminaron la noche en que Leonardo García, para festejar el evento, invitó de su peculio a vino y queso a todo el que quiso, ganándose para “siempre jamás” el respeto de sus vecinos. Lo normal en estos casos era el recurso al escabeche, que venía en grandes tinajas de los puertos pesqueros de Galicia, siendo el queso y el vino

invitación de ricos. Las suspicacias de los vecinos quedaron cortadas de raíz, con la respuesta a la pregunta que iba y venía en boca de todos: "¿De dónde saca nuestro vecino el dinero después de tantos gastos?"; cuando Lorenzo García, copa en alto, después de saborear el mejor blanco de Rueda que tenía en su bodega, enfatizó: "Si cualquiera de vosotros tuviera lo que yo debo a los bancos, sería rico".

Así se supo, con aquella declaración solemne, que el crédito de su firma y cuño tenía reconocido prestigio en los bancos de Astorga, y que fue el de Bilbao el que refrendó la operación para la compra de la maquinaria necesaria. No en balde, recién instalado en la zona, trataba de difundir el negocio del empréstito a interés en la comarca, que sólo era utilizado en casos de extrema necesidad y malas cosechas. Se producía con esa empresa el tránsito de una economía puramente cambiaria, casi de trueque, a una de inversión que se garantizaba con ganancia futura, algo prácticamente desconocido y aún menos utilizado en Maganza por aquel tiempo. Pero la confianza de aquel banco le valió, que el grueso de las operaciones sucesivas de Leonardo se hicieran en sus oficinas, y hasta mucho después de morir él continuó siendo el preferido de todos sus descendientes, que recordaban el gesto.

3

Las primeras radios tenían forma de capilla y una telaraña metálica que captaba las ondas hercianas. El invento de Marconi tardó unos años en llegar a Maganza, impulsado por las sociedades de radioaficionados que se creaban en las grandes ciudades. Fue Radio Ibérica la que empezó a emitir con regularidad programas musicales y el parte meteorológico. Pero desde que el Directorio del dictador Primo de Rivera se interesó por el invento y convocó una conferencia nacional para su ordenación y estudio, la radio se popularizó y empezó a llegar a los rincones más apartados. Cuando se instaló en el Café, la

gramola que reproducía tangos, vales y coplas, quedó por algún tiempo olvidada. Pronto empezó a difundir noticias y se convirtió en la prensa invisible, que no precisaba soporte de papel ni recorrer grandes distancias físicas para llegar a los receptores. La instantaneidad de las noticias por radio superó la lenta elaboración y distribución de los periódicos, que sólo eran de acceso inmediato en las ciudades, y que llegaban con retraso a los pueblos apartados. Era un signo de distinción el tener una de aquellas enormes radios de válvulas que emitían unos pitidos siniestros al sintonizarlas. Bernarda reclamó un aparato de radio, pues tenía noticias de su existencia antes de que llegara al Café. Era el tiempo en que había conseguido domeñar las costumbres montunas de sus hermanos y pudo reunirlos a todos a la hora de las comidas. El anuncio dejó en suspenso las conversaciones. Los varones no veían ninguna utilidad en aquel gasto, pues la radio se escuchaba en los momentos de asueto, terminada la jornada, y para eso estaba el Café. Pero Bernarda arremetió con la razón de peso que convenció al padre: no estaba bien visto que las mujeres frecuentaran el Café. Salvo en contadas ocasiones de fiesta mayor se permitía el acceso sin recelos, quedando privadas de tan inocente esparcimiento y, también, de quedar al tanto de lo que pasaba más allá de las estrechas fronteras de la comarca. Domiciana no osó entrar en polémica, caía rendida cuando terminaba sus obligaciones y se quedaba en su duermevela del mecedor recitando las transacciones del día. Pero las hermanas menores apoyaron con juvenil entusiasmo la idea. Las miradas se posaron en el padre, que presidía la mesa, en espera de su juicio salomónico. Lo que dijera Leonardo García iba a misa, en su casa y en el pueblo. La propuesta lo cogió de improviso y respondió con un lacónico: "Ya se verá", prosiguiendo en el trasiego de la sopa. Cuando terminó la comida dijo que tenía asuntos que resolver y que volvería con el último tren. Bernarda ya sabía que padre se iba a cumplimentar el encargo. Desde ese mismo momento decidió que el aparato se instalaría en el comedor grande, junto a la cocina, para que todos pudieran escucharlo. Pero los aledaños de la cocina eran el dominio de las mujeres de la casa, donde pasaban buena parte del día y, a la noche, con la instalación de la luz eléctrica, se alargaba la jornada en labores de arreglo de ropas y en el repaso de los acontecimientos del día. Era el momento de los comentarios y sucesos, de las historias reales o inventadas que amenizaban las veladas. La

radio vendría a interponerse en esa comunicación ancestral al amor de la lumbre que trasmitía las tradiciones populares y se hacía el resumen de los sucesos que acaecían. Pero estar al tanto de lo que sucedía en otros lugares se había convertido en una cuestión fundamental para Bernarda. Cuando llegó el enorme cajón y avisaron de la estación que mandarían un carro para transportarlo, Bernarda estaba convencida de que se trataba de la radio. Tenía ya prevista la mesilla donde colocarlo y había mandado tejer a Angelina un pañito de punto de croché para que no estropeará el barniz. Esperó a que los hermanos trajeran herramientas para desclavar los listones de madera y señaló con autoridad el sitio donde debía ponerse.

La radio se sintonizaba a horas determinadas, sin que alterara los ritmos de trabajo. Era Bernarda la encargada de encenderla y apagarla, decidir los programas que podían escucharse, dirigir la rueda del dial hasta conseguir eliminar los ruidos hasta donde era posible. Se interesaba por los programas de divulgación cultural y científica, los partes meteorológicos y las noticias: las niñas de la casa preferían las canciones de moda. Los hombres andaban a sus asuntos, eran de la calle y de las partidas del Café. La radio se convirtió en una conquista indiscutible de las mujeres de aquella casa. Antes de que nadie lo supiera, Bernarda ya estaba al tanto de las novedades y las ponía sobre la mesa a las horas de las comidas, daba su opinión y esperaba respuestas. Nadie discutía su autoridad en la materia, y la radio democratizó las opiniones de las mujeres antes de que la II República les concediera el voto en las municipales, con algún retraso sobre el resto de países europeos, con la excepción de Francia, en una memorable sesión del Congreso de los Diputados el 1 de octubre de 1931. Para Bernarda, que tuvo oportunidad de escuchar la crónica del discurso de Clara Campoamor a través de su aparato de radio, no llegó nunca a contentarse con el sufragio en las municipales que concediera el general Primo de Rivera, pues sólo alcanzaba a las viudas y solteras en su condición de cabezas de familia, pero no como mujeres, que quedaban supeditadas a la voluntad superior del padre o del marido.

La década de los años veinte trajo otras novedades a Maganza con la prosperidad de la fábrica y la electrificación de los pueblos limítrofes. Era indudable que Leonardo García había conseguido consolidar sus industrias, ampliar almacenes y negocios, traer al mundo a una nutrida tropa de hijos

varones que ya se ocupaban de la hacienda paterna y ostentar un prestigio indudable de triunfador. Su buena estrella se extendía más allá de los confines de la comarca, y el tren traía a gentes de negocios que venían directamente a cerrar tratos de compras de cereales y patatas, ofertar vinos a granel o a solicitar aplazamientos de pago sobre cuentas pendientes. La casa bullía entonces con el esplendor de la prosperidad y los buenos oficios de las cinco mujeres que la habitaban, completando ese círculo íntimo y menos conocido que hacía posible la imagen exterior de solidez que proporcionaba el trabajo de los hombres.

Concluía la década en incertidumbres políticas de unas elecciones generales, cuyos ecos traía la radio como cosas lejanas de las grandes ciudades, cuando llegó una visita inesperada que causó un revuelo de chiquillos detrás de un flamante Hispano-Suiza que se paró en la puerta de la fábrica. Bajó un caballero con pelliza de cuello de piel y miró curioso a su alrededor. El chofer, con polainas de mecánico y gorra de plato, tocó a la puerta. Mandaron aviso al dueño de la casa, que visitaba las fincas a caballo con su inseparable mastín leones. El Pernaes era un campeón con carlancas de púas en el cuello y una alzada impresionante en sus noventa kilos de peso. Se mostraba manso como un cordero a las órdenes del amo, pero fiero defensor de los ganados en su juventud y luchador incansable contra el lobo. Se había ganado un dorado retiro con la prosperidad de aquellos años y ya no pastoreaba. Al forastero se le sentó en el comedor grande, y el chofer quedó esperando pacientemente en el auto. Bernarda mandó traer vino de la bodega y dispuso todo lo necesario para atender a huésped tan principal. Cuando llegó Leonardo entraron en la oficina a puerta cerrada y nadie supo nunca lo que allí se hablara. Le vieron salir, seguido por el chofer hasta la estación, mientras el Hispano-Suiza quedaba donde lo habían aparcado a la mañana. Nadie entendía lo que pasaba. Los forasteros cogieron el tren y no se les volvió a ver por Maganza. La pregunta era un interrogante clamoroso a la hora de la comida. Los ojos se dirigían al padre esperando una respuesta. Leonardo desplegó la servilleta con parsimonia demorando el anuncio. Partió el pan y bendijo la mesa. Entonces se decidió a hablar: “Era un cliente de León que no ha podido atender el vencimiento de unas letras. El coche es el pago de su

deuda. Uno de vosotros tendrá que aprender a conducirlo. A partir de ahora viajaremos por nuestra cuenta”.

Isidro se ofreció de inmediato. Era el experto en mecánica, el que arreglaba las máquinas y ponía en marcha los motores que se paraban con rateos sospechosos. Nadie puso objeciones. Su habilidad se mostró desde el primer día y asombraba a los pacíficos caminantes con saludos estentóreos de la bocina. No le preguntaron dónde había adquirido tales habilidades ni cómo se las arregló para obtener la licencia, cuando un día llegó ufano con los papeles que le autorizaban a conducir. Fue durante las horas en que se discutía la cancelación de la deuda, cuando Isidro aprovechó para instruirse por el mecánico y chofer de los intrínquilos de la conducción. Le bastó con aquellas lecciones de urgencia, como cuando el asunto de la fábrica de harinas. La mecánica y el manejo de máquinas no tenían secretos para él. Cuando lo de la fábrica fue él quien se percató de que los montadores remoloneaban. Tan bien atendidos como estaban no tenían prisas en terminar su trabajo. Copió los planos a escondidas y, cuando estuvo seguro de poder terminar el trabajo que faltaba, comunicó al padre lo que estaba pasando a sus espaldas. Recibió autorización para despedirlos y culminó con éxito la puesta en marcha de la fábrica. Por eso nadie dudó de su capacidad para conducir el Hispano-Suiza.

El primer viaje de importancia que se hizo con el automóvil fue a León, por los preparativos de la boda del mayor. Bernarda lo dispuso todo en sus mínimos detalles. Con la primavera, los caminos estaban transitables, pero no dudó en reservar habitaciones en el hotel para resolver con tiempo el equipamiento de todas sus hermanas. Era la primera boda y tenían que estar a la altura de su posición. Había repasado los figurines con la última moda y discutido con las hermanas el más adecuado para sus edades. No fue empresa sencilla convencerlas de lo que deberían llevar. Cuando el mayor se casara, dejaba vía libre a los demás. Acababa de cumplir treinta años y empezaba a considerarse una mujer madura para contraer matrimonio. De todos los hombres de su edad y condición que conocía, con la excepción de don Florencio el médico, ninguno despertaba su interés. Su fama de mujer leída, conocedora de las novedades y noticias, señora de una casa con tantos hermanos donde los pequeños tenían edad para ser ya hijos suyos, no eran un

atractivo para los posibles pretendientes. Tampoco había puesto todas sus ilusiones en el matrimonio. Las mujeres se casaban jóvenes, con hombres maduros, y dedicaban lo mejor de su vida en parir una recua de hijos y en cuidar y obedecer al marido. No era su ideal ni su modelo de vida, nunca le resultó atractivo el aire prepotente de los hombres con sus esposas. Con Florencio era distinto. Era una persona cultivada, respetuoso con las opiniones de las mujeres, caballeroso sin empalago. Tampoco él parecía tener mucha prisa. Pero la boda del hermano le hacía reverdecer secretas esperanzas. Aquella ley no escrita de Maganza prescribía de forma inexorable el orden de las bodas. El mayor se iba a casar casi cumplidos los treinta y cinco años. A los hombres se les pasó el tiempo controlando los negocios que crecían sin parar y, ella, haciendo posible el gobierno de la casa, atendiendo a los menores en sus enfermedades, siguiendo con puntualidad sus avances en los estudios, comprobando la solidez de los primeros noviazgos que se anunciaban o ella intuía, anticipándose a los problemas. Era otro orden de necesidades que pasaba inadvertido para los hombres, pero tan necesario como el buen rumbo de los negocios. La madre delegó en ella desde bien joven las cuestiones de protocolo que se empezaban a complicar, con visitas que venían de la ciudad y se demoraban algunos días. Fue ella la que encargó mantelerías bordadas, vajillas y cubiertos de celebración y primorosos juegos de café de China. Y ahora, recaían sobre ella los fastos de la boda. A la ceremonia de la pedida, en casa de la novia que no era de Maganza, asistió con los padres. El encuentro se cumplió con todos los pormenores del ritual de la maragatería, pues hasta allí fue a casar el hermano. La casa era de las tradicionales de la zona, con su portalón de carro y huerta aneja. La mesa estuvo primorosamente servida de todo lo que Dios crió, con el jamón añoso y el lomo curado, el arroz con menudos y el capón bien cebado. Se propuso que estarían a la recíproca en las galas y eligió personalmente la sortija, el rosario de azabache y la mantilla negra para los regalos de la novia. Desde entonces nadie dudó en la casa quien se ocuparía de los preparativos. Pero no dejaba de pensar en la suya, alimentando ese secreto hilo de esperanza, porque el elegido de su corazón se mantenía soltero y sin compromiso conocido.

4

El joven médico había elegido Maganza para vivir en la proximidad del tren, según decía, pero fueron otras las razones que pesaron en su ánimo cuando decidió sentar sus reales en uno de los pueblos que le correspondían como titular de la plaza. Lo que no se supo nunca fue, que se debió a los buenos oficios de Leonardo García, que ofreció lugar de consulta para el primer acomodo, pues no desdeñaba ocasión de dotar a Maganza de todos los servicios posibles a su alcance. Habría que añadir también, para completar el catálogo de sus previsiones, que el acomodo del médico venía bien a sus proyectos de instalar farmacia en el pueblo, para la hija, que cursaría estudios

de la especialidad en Madrid. Ningún detalle escapaba a sus meditados planes de progreso para la región. Luego, se supo, que la amistad que mantenía con el padre del brillante licenciado en medicina por la facultad de Madrid, el maestro don Florentino, tuvo mucho que ver en la decisión final que tomara. Pronto se orientó el joven doctor en sus visitas a las tertulias de Bernarda, pues no había otro lugar de interés, aparte de las partidas de cartas del Café o la misa de los domingos, donde trabar amistades o relacionarse socialmente. Los bailes de gramola, donde los jóvenes tenían oportunidad de conocerse, eran un festejo esporádico sobre los que el cura lanzaba sus anatemas y todos los fuegos del infierno juntos, permitiendo sólo los tradicionales de las bodas y de fiesta mayor, en los que los mozos daban la zapateta. Los refajos y sayas del traje tradicional se convertían en una coraza de protección, en una muralla que era imposible salvar siquiera para un tímido acercamiento. Tenían estos las preferencias del cura, pues quedaban todas sus feligresas al resguardo de las tentaciones de la carne, ya que era del parecer del dicho popular que afirmaba: “El hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla”.

Con la prosperidad de la casa, Bernarda se ocupó pronto en darle una pátina de señorío, un cierto pedigrí que les redimiera de la recia tradición labriega de la que procedían. No eran ínfulas de nuevos ricos, más bien, el deseo de mostrar socialmente el avance de su fortuna que compartían generosamente con todo aquel que se sentara a su mesa. Las reuniones que empezaron en la cocina al amor de los fogones se trasladaron a la sala, donde se servía el té o el café en primorosas vajillas traídas de fuera. Con el buen tiempo, se trasladaban a los aledaños de la huerta o a la finca de la Central, y entonces se poblaban de invitadas que había conocido Bernarda en los balnearios que empezó a frecuentar siguiendo la moda de la época. Al reclamo de aquellas primeras turistas que buscaban la placidez del campo, huyendo de las ciudades, se acercó don Florencio, el médico, con sus camisas de puños impecables y cuellos de celuloide. Era una ocasión única de conocer de primera mano lo que acontecía en Madrid, escuchar el relato de la última obra de teatro estrenada, o simplemente, mantener alguna conversación que no girase en torno al tiempo meteorológico y a las cosechas. Sus años de estancia en Madrid, de esforzado estudiante menesteroso, no le habían dado muchas oportunidades de relacionarse en sociedad, pero conocía al dedillo la

ciudad, los teatros y cafés famosos, aunque sólo fuera de pasar por la puerta. Pocos de los habitantes de Maganza habían traspasado las fronteras de la comarca y, los que lo habían hecho, era por razones de trabajo o enfermedad. Así, don Florencio, se convirtió en una de las glorias locales dignas de enseñar en las reuniones de Bernarda.

En aquel verano que siguió a la proclamación de la II República, llegó a Maganza una nutrida tropa de visitantes femeninos buscando sosiego a las agitadas convulsiones políticas de la Villa y Corte. Concha Campoamor, sobrina del laureado poeta de Navia, les visitaba ese año. Se habían conocido tomando las aguas, como se decía entonces de forma displicente entre las señoras de la buena sociedad, en el balneario de La Toja, que era de lo más chic. Bernarda mandó aviso al médico de que no faltara, ante tan ilustre visita, por ofrecer un contrapunto masculino que diera la réplica y, de paso, mostrar que sus relaciones estaban a la altura de las circunstancias. Compareció con corbatín de lazo, en lugar de corbata, unos botines lustrados con esmero y el mejor de sus dos trajes. Llevaba en el bolsillo el billete caligrafiado con la invitación y la advertencia del apellido de la visitante. Se había documentado con esmero para ser el anfitrión perfecto y llegado a saber que, don Ramón, inició estudios de medicina que pronto dejó por la pasión de la literatura. Hasta tuvo la delicadeza de leerse *Ternezas y flores*, así como repasar *Ayes del alma*, los dos primeros poemarios de marcada tendencia romántica de don Ramón. En Maganza, donde las noticias y novedades llegaban tarde, no eran conscientes de que los valores del Modernismo y de la Generación del 98 habían hecho tabla rasa de toda la obra del poeta, pero sus versos podían sonar bien en la floresta del jardín cayendo la tarde. Se preparó un recitado de memoria, por si la ocasión se presentaba, y tomado alguna nota biográfica en el reverso del billete. No era poeta de su devoción, admiraba la poesía de Antonio Machado y de García Lorca, pero antepuso la cortesía a sus preferencias. No calculaba con precisión hasta que punto se aceptarían las nuevas ideas surgidas de la Institución Libre de enseñanza, entre las damitas venidas de Madrid, por lo que abandonó la idea de recitar algo de Antonio Machado.

Su retraso quedó justificado sin fisuras ante la urgencia de un paciente de última hora, pues no quiso decir la verdadera razón de lo que podía llegar a

parecer descortesía, que fue el tren atravesando el pueblo quien lo detuvo, y le asaltó la duda de si el más famoso y largo poema que jamás se escribiera era realmente de don Ramón de Campoamor: *El tren expreso*. Se volvió presto, pues no podía quedar atrapado en aquella falta de conocimiento, si la conversación había derivado por esos derroteros ante el paso fragoroso del tren. Resolvió sus dudas y hasta le dio tiempo de repasar las primeras estrofas: *Habiéndome robado el albedrío / un amor tan infausto como mío, / ya recobrados la quietud y el seso, / volvía de París en tren expreso; /...*

Lo que le dio ocasión de lucirse ante las damas, cuando Mariana, fingiendo un sofoco que le permitía lucir un primoroso pañuelo de encaje, dijo con su acento fino de Madrid: “No entiendo como podéis soportar el estrépito de ese tren”. A lo que respondió con una sonrisa y una leve reverencia el astuto de don Florencio: “Leyendo *El tren expreso*”, de don Ramón de Campoamor, señorita”. Y le recitó de memoria los cuatro versos que se traía aprendidos. Fue todo un éxito y una galantería acertada que Concha recibió como un cumplido personal. Desde aquella tarde, Bernarda quedó poseída de una atracción sin posible renuncia, a la que dedicó en los años sucesivos todos los suspiros de amor que le cabían en el pecho.

Cuando se instaló la farmacia, en la esquina de la casa de enfrente, Bernarda encontró ocasión para entrometerse entre los alambiques y las retortas, con el subterfugio de ayudar a la buena salud de la familia. La verdadera razón no se llegó a saber nunca, pues era el lugar adecuado para poder mantener un contacto asiduo con el médico sin que nadie entrara en sospechas, recibir sus recetas magistrales escritas con una letra de primor y poder mandarle recados y consultas. Le daba un palpito por las sienas cuando desplegaba aquellas cuartillas con el encabezamiento obligado del “despáchese”. Las líneas sucesivas, con latinajos y nombres exóticos, a las que seguían cifras precisas de cantidad, se le aparecían en la penumbra de la rebotica como tiradas de versos que nunca serían compuestos para ella. Recordaba entonces la desenvoltura de su recitado del jardín, su discreta elegancia, el tono varonil de su voz, y posaba las recetas sobre el pequeño atril y pesaba las cantidades exactas, para terminar triturándolas en el mortero como si se tratara de una mágica poción de amor. Fue su secreto de por vida,

nunca compartido con nadie, en una espera siempre renovada por cualquier detalle insignificante, que alimentó toda su existencia.

Las recetas de don Florencio se convirtieron en una correspondencia asidua de ida y vuelta, pues daban ocasión a Bernarda de pedir aclaraciones que no precisaba en realidad y a deslizar alguna velada insinuación de cortesía. En las respuestas, que ya no requerían del rigor y cautelas profesionales, se permitía el médico introducir algún comentario sin demasiado compromiso. El portador de aquellas misivas, Agustín, un zagal avisado y travieso, terminó eligiendo la profesión que eran la causa de sus continuos paseos y se hizo farmacéutico.

Aquella singular correspondencia no podía considerarse en puridad la de dos amantes que expresaran sus arrebatos sobre el papel de las cartas, ni existía ningún impedimento para que aquella relación no se formalizara. Es más, los dos amigos hubieran tenido una gran satisfacción de emparentar en unas bodas totalmente satisfactorias para ambos: Leonardo y Florentino hubieran dado su bendición sin dudarlo un instante. Sus cautelas no tenían en realidad una razón cierta. La profesión de médico era tan prestigiosa como la que más y hubiera superado cualquier inconveniente de fortuna que pudiera imaginarse. Era cierto que el estipendio de médico rural no permitía entonces la largueza que se expresaba en las mesas bien provistas de la casa de Bernarda, pero no suponía un serio inconveniente. Bernarda no podía dar el primer paso, pero hacía los visajes suficientes para alentar un sí sin paliativos. El médico no se decidía, ¿tendría otros amores ocultos? Los pueblos del señorío de Maganza no llegaban a juntar mil quinientas almas y en aquel espacio recoleto de intimidad casi familiar nadie era ajeno a las vidas y milagros de los demás. Pero ambos seguían solteros en un tiempo y a una edad en la que, o se habían tomado ya votos, o se tenían que dar muchas explicaciones para seguir célibes. Bernarda tomó una decisión en el filo de la navaja, sin mediar consulta previa, pues se arrogó en todo la organización del evento de las bodas y cursó aquella invitación como si mandara una botella de náufrago con un SOS del que esperaba respuesta. En una nota caligrafiada de puño y letra, anexa al tarjetón, le pedía confirmación de asistencia. La respuesta no se hizo esperar, esta vez sin la mediación del correveidile de Agustín, y fue en persona el invitado hasta la farmacia. Era su camino habitual,

después de terminada la consulta del mediodía, que se pasara a tomar el vino blanco en la taberna junto a las vías del tren, y en la esquina estaba la farmacia. La campanilla sonó avisando en la rebotica. Bernarda asomó por el umbral enfundada en un amplio delantal blanco, secándose las manos, cuando se encontró a solas frente al médico con el mostrador de por medio. Era insólito, pero era la primera vez que se encontraban solos. Bernarda quiso recobrar de inmediato su aplomo, reprimiendo las palomillas que le revoloteaban por el estómago. Tal vez era eso, su seguridad que no precisaba de apoyo de nadie, su entereza de carácter, la firmeza de su gesto que no inclinaba la vista hacia el suelo en presencia de varón, lo que le había hecho coger fama de mujer inaccesible. Pero en esta ocasión, al mirarle frente a frente, sin nadie de por medio que les condicionara, Bernarda bajó un tanto los ojos mientras se ruborizaba y le tuteo con un temblor en la voz. Florencio quiso entender, que tal vez se había confundido con Bernarda, que podía tener un fondo tierno e inexplorado que ocultaba a la vista de todos y que ahora se expresaba auténtico en la intimidad de la botica. Fue sólo un instante que se resolvió con formas de cortesía protocolarias, tal vez la única ocasión que se les ofreció para poner en claro sus sentimientos sin tapujos. Aclarar él sus dudas sobre esa ánima de acero que parecía llevar por dentro Bernarda y descubrir el ruseñor que le cantaba por el pecho. Enseñar ella ese corazón limpio que guardaba como en un relicario para el único hombre conocido que había logrado tocar sus sentimientos de mujer. Pero recuperó el tono de la voz, alzó los ojos y se envaró como un huso, cuando tintineó la campanilla de nuevo y compareció una de sus hermanas en la puerta. Entonces se produjo la aceptación protocolaria de Florencio. Tal vez una mala jugada del destino. Sólo eran necesarios unos minutos de tiempo para poder pronunciar las palabras adecuadas, para aclararse las dudas de él, para mostrar ella la ternura que le rezumaba por los poros de la piel cuando lo veía, pero no fue posible que la hermana se demorara esos insignificantes minutos, esa parte infinitesimal de la vida, e irrumpió en la farmacia con la inconsciencia de la juventud.

El Hispano Suiza era un modelo moderno, un *Supremo 56*, de 46 CV de potencia y 6 cilindros, fabricado en 1928 en la cadena de montaje de Barcelona. Isidro lo conducía con soltura y se conocía al dedillo la mecánica de su magnífica maquinaria. Despertaba la admiración y el asombro por los

pueblos donde pasaban. En sus eventuales paradas para tomar un refrigerio o descansar las mujeres, los chiquillos se agolpaban a su alrededor pasando las manos por la pulimentada carrocería. El paso de un vehículo a motor se convertía en un acontecimiento para los lugareños. El viaje a León, poco más de cincuenta kilómetros de recorrido, suponía una auténtica aventura y ocasión para comentar los incidentes del camino durante algún tiempo. Bernarda le mandó parar antes de entrar en la Virgen del Camino, pues se había provisto de una cesta bien surtida para el almuerzo. En su sentido de la buena administración no entraba el tener que pagar en un restaurante por la comida que en su casa tenían en abundancia. Mandó bajar la cesta y desplegar el mantel en un prado bajo unos árboles, cuando Isidro ya atacaba con las manos la empanada arrancándole un buen trozo. Bernarda lo fulminó con la mirada y se quedó en suspenso en el trayecto de llevársela a la boca. Su admonición no se hizo esperar: “En la mesa y en el juego se conoce al caballero”. Isidro no tenía ningún interés en que lo consideraran un caballero, lo que pretendía era calmar ese apetito feroz que nunca llegaba a satisfacer. Su envergadura de metro noventa, sus anchas espaldas y el trabajo duro, le habían hecho dotarse de un estómago capaz de digerir las piedras y su fama de comilón era conocida en todos los pueblos de la contorna. Nadie se atrevía a disputarle una apuesta en cuestiones de comer, tampoco a la hora de trabajar tenía oponente. Lo de conducir, manejar aquel volante por caminos enrevesados de baches y curvas, un pasatiempo. Comió en un santiamén la mitad de la empanada, buena parte de la vela de chorizo y una botella de vino tinto de Toro, y exhaló un estentóreo eructo. Las hermanas picoteaban la empanada bajo la atenta mirada de Bernarda. Él, se sacudió las migas que le habían quedado en la pechera y se fue a comprobar el nivel de agua en el radiador.

La ermita del Humilladero estaba a un tiro de piedra del Camino Francés, pero no quiso Bernarda perder más tiempo del imprescindible, pues pretendía llegar a la hora en que abría el comercio por la tarde y tener tiempo para curiosear en la colección completa de guantes, sombreros y complementos que precisaban para su equipamiento de bodas. Efigenia protestó por perder la ocasión de rezar ante la Virgen, en el lugar de su aparición, más para poder contarlo luego que por acendrada vocación mariana. A cambio, Bernarda le ilustró por el camino de los pormenores de la aparición

al pastor de Velilla que recogía la tradición. Isidro, agarrado al volante, sonreía socarrón y no pudo reprimir un comentario: “siempre se aparece a unos pastorcillos”. Era algo escéptico en cuestiones de milagros y poco amigo de misas. Bernarda pasó por alto el alegato para no enredarse en una conversación inútil, porque su interés estaba en aleccionar a las pequeñas en el conocimiento preciso y no sólo en la repetición mecánica de la liturgia. Por eso les soltó una retahíla de fechas: “En 1914 se obtiene de Roma la declaración de Patrona de la Región, y el 7 de junio de 1917, Benedicto XI autoriza la coronación canónica”. Pero su buena memoria tenía un pequeño truco. Al haber nacido con el siglo, como le gustaba repetir, le costaba poco relacionar los acontecimientos con fechas concretas de su vida sin tener que sumar ni restar. Ella utilizaba con donaire aquella ventaja singular para sus alardes de erudición. Pero como estaban ya entrando por los arrabales de León, se desvió pronto la atención en admirar los magníficos edificios que salían al paso y que les parecían los más grandes del mundo, sin tener oportunidad todavía de comparar con otros lugares.

El Hispano Suiza se paró majestuoso en la puerta del establecimiento: era el único vehículo a motor que circulaba a esa hora por el amplio anchurón de la calle. Isidro se despidió displicente en dirección al barrio Gótico, no por admirar la catedral y sus famosas vidrieras, sino por visitar las tabernas donde se degustaban los cayos picantes, las mollejas y el pulpo a la gallega. Regarlo todo con un buen vaso de vino de Rioja era una ocasión única, pues no era frecuente saborearlo en Maganza salvo en contadas ocasiones de fiesta mayor.

5

“A la boda acudieron todos”. Aquella frase la acuñó Angelina, que la repetía con la voz infantil que se le quedó de por vida, para significar la importancia del casamiento que corría de boca en boca por sus preparativos y fastos. Aunque no era Magnaza país de maragatos y los ritos y simbología ancestral se habían largo tiempo ya cristianizado, bebían en los veneros profundos de la tradición Astur. Allí, las bodas eran para siempre, mucho antes de que lo impusiera el rito canónico. La ceremonia de la “pedida” sí, en todos sus pormenores, pues era la novia de esa tradición. Pero lo singular y aparatoso de la celebración estaba en la pujanza de los negocios de aquella casa, en las gentes venidas de fuera, en los atavíos nunca vistos en el lugar que daba un ambiente cosmopolita a la única calle digna de ese nombre y, sobre todo, al banquete. Se habilitaron todos los espacios posibles para recibir

a los invitados y hasta en la panera y la planta baja de la fábrica de harinas hubo que poner tableros corridos para acomodar a todo el que quiso comer y beber. Se corrió el “pico del bollo”, en el que el padrino, en un alarde de generosidad, puso un billete de los de cien pesetas. Era una cifra desmesurada para la época, pues con un duro de plata hubiera sido más que suficiente para quedar bien. Se comentó por mucho tiempo, pues nadie llegó a equiparar aquella cifra de veinte duros, en un flamante billete de banco, en el correr de los tiempos. Las gentes del común, los obreros y criados, se acomodaron a sus anchas en la fábrica. A las cecinas y chorizos curados le siguió el cocido de bodas, en tal abundancia de carnes, que algunos no llegaron a poder saborear la sopa, esa que según marca la tradición, cuando se enfría, debe mantener inhiesta una cuchara de palo. En la mesa de los novios e invitados distinguidos el menú era más sofisticado. No faltó el pollo corralero, ni los lomos de una novilla engordada para la ocasión, ni la merluza del Cantábrico traída ex profeso. Así se las gastaba Leonardo en la boda de su primogénito. Los bocoyes de la bodega, se abrieron con tanta generosidad, que corrió el vino hasta que nadie de los presentes quiso más. Era ese vinillo de aguja de la región, fresco y alegre al paladar, que apreciaban los lugareños sin envidiar al Rioja de marca que se descorchaba sin recato a los venidos de fuera.

En aquellas mesas de protocolo del comedor grande mandó Bernarda acomodar a don Florencio el médico, que acudió con su mejor traje y una flor viva en el ojal de la americana. Se saludaron cortésmente, en la distancia, pero sin ocasión de compartir la mesa pues, Bernarda, a pesar de la legión de mujeres contratadas para cocinar y servir las mesas, actuaba como maestra de ceremonias y cuidaba que todos estuvieran atendidos. Cuando el padrino repartió los puros, se sintió relegada de sus obligaciones, pues los cantos populares menudeaban por las mesas con los vapores del vino, la bonanza de tener la andorga llena y el orujo de Potes se escanciaba directamente en las tazas donde se sirvió el café de puchero. Fue entonces cuando el doctor se acercó discretamente para alabar la magnificencia del banquete, puro en ristre y satisfecho, a felicitar a los novios y desearles fertilidad, hasta la altura donde se encontraba Bernarda. Era el momento que había estado esperando ella, en el ambiente propicio, casado por fin el mayor de los hermanos después de tan

larga espera, expedito el camino para otros casamientos en el que el suyo podía ser el siguiente. Pero cuando lo miró de cerca, en su aspecto bonachón y cordial, descubrió al amigo sincero siempre dispuesto a la conversación amable. Estaba cerca cuando se le necesitaba, compartían los secretos de la profesión, y a ella le vendría ahora la siguiente generación de los hijos de los hermanos: “¡Quién necesitaba casarse!”, dijo para sí en un suspiro de desaliento.

En aquel final de septiembre de vientos gélidos, cuando no se había cumplido medio año desde que se proclamara la Segunda República, Leonardo pensó que Maganza había entrado por fin en la historia. Vio a todos sus hijos varones crecidos, rebosantes de salud, ocupados los mayores en el manejo de sus negocios; los menores estudiando el bachiller con aprovechamiento; y las mujeres, hacendosas y prudentes dirigidas por la mano fuerte de Bernarda. Le quedaba a él tiempo para liberar el intelecto, mejorar sus relaciones y conocimientos, y conseguir dar ese impulso que necesitaba la aletargada Maganza. Daba ya empleo a más de una docena de operarios y criados, con los que hubiera preferido compartir aquel succulento cocido de bodas y el vino alegre con su aguja natural que ayudaba a digerirlo. Pero comió con el mejor de los apetitos el pollo de seis meses criado en su corral, los lomos de la novilla a la que cuidó personalmente de su cebado en el establo, la merluza traída en el tren desde Galicia en un cajón con hielo por cuyas juntas sobresalían los helechos, y hasta el pastel de bodas de la afamada repostería de Astorga.

A la tornaboda quedaron algunos rezagados venidos de lejos, del otro valle, que saldrían al amanecer del día siguiente en sus carros y caballerías, para los que se preparó la cena con abundancia de todo lo que había quedado en la cocina. Se decidió Leonardo a pedir el cocido, del que reclamó le sirvieran sin recato una ración generosa de todas las carnes, que luego tomaría los garbanzos y la berza, sin despreciar la sopa para la que dejaría un hueco. Mandó Bernarda que así se hiciera, pero dando instrucciones en la cocina de mayor mesura en la ración, pues le había visto comer al mediodía con largueza de todo lo que se había servido. Al contemplar el lebrillo llamó a Bernarda y le dijo con tono severo: “No me recates la comida Bernarda, que hace más de dos horas que terminé la digestión, y quiero probar todo lo que

salió de mi cocina. Retira esta fuente tan mermada de lacón y tocino, y manda que la completen también de chorizo y adrolla. Lleva ese vino y pon del nuestro, que el que toma de lo suyo delante de forasteros da aprecio a su negocio". Bernarda se le dirigió con respeto, aduciendo buenas razones, pero sabiendo que la orden dada por padre tenía que ser cumplida: "Perdone padre, pero miraba por su salud". Leonardo era del parecer que de bien comer nadie se malograba y que el buen apetito era signo elocuente de la mejor salud. A los sesenta años se encontraba en la plenitud de la vida, ocupado en artes de talla y oficios de arquitecto y maestro de obras, en todo aquello que le procuraba satisfacción del cuerpo y del alma, y siempre había comido bien y nunca nada le sentó mal. Se levantaba con apetito de la mesa, por mucho que comiera, y aquel día de fiesta no pensaba recatarse en lo más mínimo. Llegó la ración entera y el vino de su bodega, y se dispuso a dar cuenta de las doce carnes que llevaba y a tomarse la jarra de litro cumplido que chispeaba en el vaso al escanciarlo.

Efigenia la recibió a su regreso con una sonrisilla maliciosa, corroborando que ella tenía razón al preparar a padre el cocido como a él le gustaba, pero Bernarda no quiso enredarse en polémicas en día tan señalado y no entró al trapo. Se fue a los anaqueles de la despensa a por sus botes de hierbas medicinales, las que recogía por San Juan, en el solsticio de verano, y secaba con cuidado en lugares secos y aireados, pues había decidido preparar una tisana que ayudara a la digestión de tan copiosa comida. Pensaba en padre, pero no descartaba tener que ejercer sus buenos oficios con otros glotones, aquel de curandera de males menores y empachos que desempeñaban las mujeres por tradición y que ella ejercía por vocación de amor al médico que se limitó a saludarle cortésmente al final del banquete. Las mujeres seguían siendo en Maganza las depositarias de la medicina casera. Recogían la tradición de las abuelas, observando los rituales de sanación con las palabras precisas al caso. Incluía ese arte la recolección de las plantas medicinales en la época propicia y su conservación y elaboración posterior en ungüentos, infusiones y pócimas.

Los novios se fueron a León, en un viaje de bodas que se alargaría a Madrid, con pensamientos de llegar hasta Francia. Gerardo era un viajero avezado desde su juventud. Cumplida la mayoría de edad viajó hasta Alemania

con el encargo de padre de solucionar la importación de abonos químicos que escaseaban y que eran precisos para mejorar las tierras de labor. Solucionó el encargo y se hizo con el negocio que separó de la hacienda familiar. Arrancó por fin el Hispano Suiza entre la algarabía de los chiquillos que siguieron al coche hasta que se perdió coronando la cuesta empinada de los Cuatro Bolos. El pinar los engulló cuando regresaron jadeantes, y el mozo del Caldo y sus corifeos se quedaban sin el ritual de la cencerrada, por aquella salida inusual a un viaje después del casamiento, que no era costumbre por aquellos pagos. Pero se fueron con resolución al vino y al orujo que les esperaba en las mesas donde aún quedaban los dulces, entonar cánticos y apurar el día de fiesta mientras quedara luz solar.

Los días que siguieron, metidos en un octubre de pleno invierno, terminaban en la cocina atizando la hornilla económica con piñas secas que estallaban en alegres crujidos, como tracas en honor a los desposados, y la conversación se iba a comentar los pormenores de la boda. Los más jóvenes estaban ya en Astorga o León, en sus estudios, y la casa antes bulliciosa se serenaba con la quietud de una luz diurna que se acortaba por momentos. La brevedad de la tarde daba paso a unas noches de cielos limpios, plagados de estrellas, donde menudeaban ya las heladas en madrugadas de fríos intensos. Acabada la recolección del pan y la vendimia del vino, quedaban las *facenderas* de caminos y canales de riego, la *vecera* de los pastores a los *praos de invierno*, a la espera de la matanza del gorrino. Las peras y las ciruelas se habían recogido y elaborado las compotas. Las reinetas se acunaban en la paja del desván y aromatizaban la ropa de los armarios. Maganza se encogía sobre sí misma, con el regusto aún caliente en el recuerdo de la trilla en la era, de la vendimia en la viña y el chorro dorado fluyendo por el canalillo del lagar, con la despensa llena, preparándose para el largo invierno.

6

Aquel año de 1933 se acuñó un chascarrillo que hizo fortuna entre las clases populares. Aseguraba que era en aquellos pagos donde las gentes se aseaban con mayor celeridad el trasero, que en el resto del mundo, porque lo hacían con “El Pensamiento”. Y no era para menos la ácida invectiva, ante los titulares del periódico de dicha cabecera saludando el triunfo de la CEDA. Tachaba a las izquierdas de “bestia apocalíptica, marxista y judaizante”, entre otras lindezas. El discurso de esa prensa no era mal recibido por las gentes bien pensantes, pues allí sentaban sus reales las derechas, los políticos de Astorga, en una alianza secular con el clero. Ni en las elecciones de 1931, ni en las constituyentes que les siguieron, después del derrocamiento de la monarquía, consiguió el Frente Popular buenos resultados. El voto femenino agravó la situación aún más si cabe, pues como pronosticaban sus detractores, estaba dirigido por las sotanas desde los púlpitos. La radio que se

instalara en el comedor a requerimiento de Bernarda resultó ser un invento de mucha utilidad y una ventana abierta al mundo por la que entraba algo de aire fresco. Había adquirido una razonable pericia en buscar en las ondas hercianas las emisoras de largo alcance, y orientando la antena, con buen tiempo y mejor pulso ajustando el dial, conseguía salir de aquella atmósfera viciada por las encendidas soflamas del diario local. La escuchaba en solitario, después de los primeros meses en que la novedad atrajo la curiosidad sobre el invento, y así se conectaba a sus anchas en los momentos de asueto que se concedía. Se enteró de los sucesos protagonizados por los mineros asturianos y siguió la noticia con interés por si el conflicto se irradiaba a las zonas mineras del Bierzo. Escuchó apenada la despedida del rey en su camino al exilio, pues la monarquía no le causaba especial rechazo, y contrastaba con la simpleza de las informaciones del periódico que recibía con retraso y donde el mayor acontecimiento del año fue un carro de hierba que se enredó en los cables del alumbrado público y originó un pequeño incendio. Las campanas de las iglesias tocaron arrebatado como si la mismísima catedral se hubiera prendido fuego. El suceso se comentó durante semanas en el Café, en los corros a la salida de misa, con gran cúmulo de detalles y añadidos de la propia cosecha, como si de otra cosa no hubiera que preocuparse en el enrarecido ambiente patrio. Era aquella atmósfera provinciana y la falta de interés por lo realmente importante lo que la exasperaba y ponía de mal humor. La ignorancia de sus vecinos se puso de nuevo de manifiesto la noche en que se hizo de día. Fue una aurora boreal en plena noche del verano, pero los comentarios que siguieron lo atribuyeron a un signo evidente de próximas catástrofes. La tragedia estaba al caer, pero ella lo sabía por las noticias que llegaban de Madrid a través de la radio. La mentalidad mítica y desinformada era hábilmente dirigida, sin ningún recato, en la homilía del domingo. Los sermones moralizantes, tan del gusto del cura, se transmutaron en ardientes proclamas políticas. El fenómeno atmosférico dio pie a que los párrocos ensayaran su fina oratoria y, sin comprometerse demasiado, llegar a señalarlo como un signo de los cielos. Bernarda salió disgustada de aquella misa, y aunque no renegó de los ritos, si puso algo de distancia con el clero que atizaba la ignorancia del pueblo con semejante descaro. No iba a ser fácil mantenerse neutral, apelar a la cordura, pues en la propia familia se discutía

ya con algún pequeño incidente verbal. Padre mandó silencio y prohibió en la mesa hablar de política. Añadió luego que no había educado a sus hijos para que se pelearan entre sí, sino para que se prestaran ayuda mutuamente, pero que el respeto a las ideas de cada cual era cosa obligada. La discusión vino por un comentario de Isidro, que se apartaba claramente de las ideas conservadoras del resto. El experto mecánico apuntaba otra sensibilidad. Tal vez fuera su contacto frecuente con otros obreros, sus viajes por la zona minera o su afición a las tabernas, que le puso al tanto de otras informaciones que no eran corrientes en Maganza. Pero siguió en todo la recomendación de padre y se iba a comer a la cocina, antes de que llegaran los demás, con la excusa de acercarse al Café con tiempo suficiente para echar la partida de subasta. Bernarda desplegó sus mejores artes para que en aquella familia reinara la concordia y sin dar la razón, ni quitarla, se las ingenió para que el incidente quedara olvidado.

A mediados de julio, en plena siega del pan, unos aviones sobrevolaron los campos. Los segadores dejaron por unos instantes la faena y se secaron el sudor con sus amplios pañuelos de hierbas escrutando el cielo con curiosidad. Las gentes salieron de las casas, los chiquillos atronaron la calle en carreras simulando el ruido de los aviones con la boca, mientras Bernarda ya sabía que se confirmaban sus peores augurios. Leonardo llegó sudoroso a lomos de su caballo, antes de lo previsto, y ella lo recibió con una frase que pretendía aparentar normalidad: “¿Cómo tan pronto, padre?”. Pero Leonardo no era hombre de disimulos y se desahogó con la hija que sabía enterada de la gravedad del asunto: “Se acercan malos tiempos, Bernarda. La familia tiene que permanecer unida como una piña. Cuento con tu ayuda”.

Una de sus primeras disposiciones de prudencia fue poner el Hispano Suiza a buen recaudo. Lo mandó situar al fondo del almacén y después de cubrirlo con una lona de camión, le hizo un parapeto de sacos y fardos. Las requisas de coches particulares empezaban a menudear. Llegaban los falangistas y arramblaban con todo lo que se movía. Maganza no despertaba ninguna sospecha, los resultados electorales la dejaban a cubierto de las sacas y paseos que se comentaban de la zona minera. La provincia entera se puso pronto a las órdenes del militar golpista.

Todo se desarrolló con inusitada rapidez desde las cinco de la tarde del 17 de julio. Esas “cinco de la tarde” que inmortalizara Lorca en su elegía por Ignacio Sánchez Mejías, muerto durante una corrida de toros en agosto de 1934. El poema acababa de publicarse en 1935 por la editorial *Cruz y Raya* de Madrid. Ese sino sangriento de las plazas de toros de España parecía trasladarse a todo el solar patrio. El país entero no tardó más de un día en ponerse en pie de guerra. Los nombres de los generales Franco, Mola, Queipo de Llano y Sanjurjo, se difundieron por todos los medios como los que encabezaban el golpe militar. La muerte del general Sanjurjo en un accidente de avión, el 20 de julio de 1936, dejó a Franco el camino abierto para ocupar la jefatura de la Junta de Defensa Nacional que se estableció en Burgos. El territorio nacional quedó escindido en dos mitades. El general Mola hace triunfar la rebelión en Galicia y en Castilla y León. Queipo de Llano, desde Sevilla, garantiza el paso del ejército de África.

En la España republicana, recién nombrado por Azaña José Giral, tomó tres disposiciones inmediatas. En la primera autorizó a los gobernadores civiles que pusieran las armas a disposición de las organizaciones políticas y sindicales, en la segunda manda un telegrama en petición de ayuda a Francia y, en la última, ordena el empleo de los fondos del Banco de España para atender la compra de suministros bélicos. A los tres días del golpe militar, el veintiuno de julio, el gobierno de la república ordena la entrega urgente a Francia de un contingente de oro. El primer cargamento, de unas siete toneladas del preciado metal, estaba valorado en veinticinco millones de pesetas. El cambio de la peseta oro con el dólar se efectuaba en ese momento a razón de tres por un dólar USA. El propio Franco, a través de la radio, condenó sin paliativos la exportación del oro del Banco de España. Fue en una alocución del 14 de octubre. Se dirigía a los gobiernos de todas las naciones para protestar por el expolio que se hacía a la nación por el denominado gobierno de Madrid.

La radio demostró su utilidad por los partes radiados a mediodía y por la noche. La curiosidad por las noticias se generalizó de nuevo y hasta algún vecino de confianza se acercaba a escucharlas cuando Bernarda sintonizaba su aparato. El parte de guerra se convirtió pronto en la Biblia informativa y en la única verdad que había que asumir a pies juntillas. Las canciones del frente,

aquellas que decían “hacer guardia bajo los luceros”, inflamaron los ardores patrioterros del menor, Floreal, el que había nacido en 1920 y apenas contaba con dieciséis años cuando resolvió irse voluntario al frente. La decisión tuvo tintes de tragedia en la casa, pero su voluntad era firme e irrevocable, pues por su cuenta y riesgo se fue en el tren a alistarse en Astorga.

Las dificultades para la financiación del esfuerzo bélico corrían parejas en los dos bandos enfrentados. El primer antecedente de la campaña patriótica de la Suscripción Nacional fue una alocución radiada de Franco el 5 de agosto de 1936. En ella se solicitaba la colaboración de la población en apoyo de la “cruzada”. Se pedían divisas y oro amonedado o en alhajas. La institucionalización de la demanda del general se hizo pública a través de una orden del 19 de agosto de la Junta de Defensa Nacional, para organizar y centralizar las entregas de la población a través de las Cajas de Ahorro y de las sucursales del Banco de España de la zona Nacional. La noticia se difundió ampliamente por la radio.

La industria, los transportes, la producción agrícola y el comercio interior, y sobre todo el exterior, se vieron seriamente afectados. Para Maganza no era un problema, por su organización casi autárquica desde los tiempos de la repoblación del conde Gatón y del obispo Indiselo. Con algo de imaginación podría remontarse a los orígenes de los castros astures, hasta el mismísimo rey Magarzo de la leyenda. Gerardo lo consideró en un principio una contrariedad, porque cortaba de raíz el provechoso negocio de los abonos químicos que empezara por su cuenta. También estaban los suministros y repuestos de las fábricas, que había que comprarlos fuera. A partir de ahora tendría que ingeniárselas el habilidoso de Isidro y reparar en el taller hasta donde fuera posible para mantener las fábricas en producción. Lo que resultaba a todas luces un inconveniente, trataba de ponerlo en positivo, sacarle provecho. Las noticias de la radio le hicieron ponerse en movimiento y realizar algunos sondeos en la tertulia del casino astorgano. Allí se reunían diletantes y políticos ociosos que no tenían ya que desplazarse a Madrid. Pero su interés se dirigió pronto al grupo de empresarios que eran en su totalidad afectos al nuevo régimen. La idea la venía madurando algunos días, pero era inevitable consultarla y conseguir las bendiciones de padre. Aunque disponía de recursos propios, no eran estos suficientes para llamar la atención, para

poder dirigirse directamente a Burgos, como era su propósito, sin pasar por las autoridades locales. Se corrían comentarios de que no llegaba todo lo que se entregaba para la causa. Su mayor preocupación consistía en recabar todo el mérito de la operación y que no se lo apuntaran gratuitamente los funcionarios de León. Además, estaba el asunto de los suministros para el frente. Aquella aportación le valdría en adelante como un salvoconducto, pero tenía que llegar ante los que realmente mandaban. Sus contactos salmantinos, los empresarios agrícolas con los que comerciaba en abonos, lo informaron del esfuerzo de toda la provincia que no llegaba al millón de pesetas y le transmitieron sus cálculos y suspicacias. Estaba decidido, pretendía llegar hasta los aledaños del general Mola si fuera preciso y la suerte le sonreía. Pero la cifra tenía que ser importante y él, el depositario y mandatario verbal de la encomienda. Con estos propósitos se decidió por fin a plantearlo ante la autoridad paterna.

Leonardo se encerraba en el despacho en graves meditaciones. Sentía que aquella guerra tiraba por tierra sus proyectos de todos aquellos años, cuando estaba a punto de alcanzar sus objetivos. Todo se había paralizado. Los agricultores, temerosos y conservadores, retenían sus productos. Las reservas de trigo se acababan y pronto no tendría nada que moler en la fábrica, y si la fábrica paraba, el producir energía a través de la turbina no tenía sentido. Su buen amigo, el maestro, había escapado bien librado de la depuración que se desató con la Institución de "Sierra Pambley", por uno de esos azares de la fortuna: otros no habían corrido la misma suerte. Le ofreció su casa y su mesa, ¿qué otra cosa podía hacer? Escuchó el toque con los nudillos en la puerta, pero no respondió, sería Bernarda a preguntarle qué quería para la cena, con todas aquellas preocupaciones se le había quitado hasta el apetito, que era ya cosa grave.

–¿Puedo pasar, padre? –dijo Gerardo mientras desplazaba la puerta y entraba en el despacho.

–Pasa hijo, no te había escuchado.

–Si está ocupado lo dejo para otro momento –pero se había sentado ya en una de las sillas con respaldo de cuero repujado y, añadió–. Le veo algo cansado.

–No, no estoy ocupado. Eso quisiera, es esta inactividad la que me cansa. Pero dime, ¿hay alguna novedad?

No quería errar el tiro. Sabía de la sagacidad de padre y no estaba muy seguro de su posición en el conflicto. Desde el día que les mandara callar en la mesa, delante de él no se habló más de cuestiones políticas. Era seguro que tenía sus propias opiniones, pero se las reservaba. Lo traía todo bien pensado.

–Si esto sigue así padre, pronto no habrá mercancías en los almacenes, nada que vender, nada que comprar. El dinero, ocioso en la caja.

–¿Tienes alguna idea?, dímelas y haremos lo que sea razonable.

Pareció reflexionar unos instantes, pero no cabían ya vacilaciones.

–El negocio está en los suministros al ejército y nosotros podemos venderle víveres. Hay un pequeño problema, que se puede solucionar, como es conseguir el aval del gobierno de Burgos, un contrato que nos dé garantías ante los agricultores. No se fían, no hay instrumentos de crédito, el papel moneda es una ficción sin el oro del banco de España que lo respalde. ¿Sabía que el gobierno rojo lo está entregando a Francia?

–Te refieres al gobierno de Madrid, al gobierno de la República – apostilló Leonardo con intención.

–Sí, padre, a eso me refería. Pero estamos en zona Nacional, aquí el que manda es Franco.

–Estoy al tanto, escucho el parte por la radio. ¿Qué propones?

Tenía que convencerle, allanar sus dudas, superar sus reticencias. Había que contárselo todo, no podía mentir ni escudarse en medias verdades, padre nunca se lo perdonaría. Descubrió su primer as.

–¿Está enterado de lo que llaman Suscripción Nacional?

–Sí, algo tengo oído, lo dicen por la radio.

–De eso se trata. La gente entrega pequeñas cantidades, joyas y monedas de oro y plata. Se centraliza en las provincias y se envía a Burgos. Lo tengo hablado con gente de Astorga que están dispuestos a contribuir, a juntar una suma respetable que llame la atención. Pero hay que ir a Burgos directamente, entrevistarse con un pez gordo, nada de quedar anotado en una lista anónima y recibir un vale que pronto se extraspapelará. Son momentos de riesgo y hay que apostar fuerte.

–Nunca fuiste jugador, Gerardo, tengo entendido que ni juegas a la subasta en el Café.

–Así es padre, no me gustan las cartas. Pero en este juego estamos obligados a apostar y hay que saber elegir el caballo ganador. El que no apueste lo tendrán por tibio, o lo que es peor, por desafecto. No hay otra solución. Es mejor entregar voluntariamente lo que tenemos ocioso y no rinde, a que nos obliguen a darlo con presiones. Lo podemos utilizar como garantía de nuestra solvencia, de nuestro apoyo, y obtener contratos para mandar víveres al frente.

–¿De cuánto estamos hablando? –sondeó precavido Leonardo.

–Estaba pensando en un millón de pesetas.

–Deliras Gerardo, no tenemos esa cantidad.

Se sonrió para sus adentros sin descomponer el gesto de seriedad, pensando que ya tenía buena parte del camino recorrido. Lo dijo abiertamente, sin más circunloquios.

–Nosotros solos no, pero hay más industriales en la operación, tengo su palabra y un cálculo bastante aproximado. Yo había pensado en una décima parte de esa cantidad.

–Aun así, Gerardo, es mucho dinero y nos quedaríamos sin blanca. ¿Cómo pagar los compromisos que tenemos contraídos en el extranjero?

–Olvídese de eso padre, el comercio internacional está paralizado, sólo los gobiernos consiguen compras en el exterior y con garantías de oro o divisas. Nadie le va a exigir cumplir esos contratos, porque nadie le puede garantizar el envío de la maquinaria, ni los abonos, ni nada. Las libras esterlinas y los francos suizos que hay en la caja fuerte se quedarán inactivos si no somos capaces de encontrarles una utilidad.

–¿No hay otra salida?

–No la hay, padre, lo llevo meditando muchos días.

–Hay que decírselo a Mario, es el apoderado de la firma.

–Sea, pero al hermano Mario y a nadie más. Estas cosas hay que hacerlas con discreción. Algo de oro no nos vendría nada mal, el brillo del oro es una llave que abre todas las puertas. ¿Sería posible?

–No mucho, algunas onzas *troy*. Las guardaba para un caso de extrema necesidad.

–Este es el caso, no lo dude, o lo tendremos que lamentar en el futuro.

–Espero que estés en lo cierto. Al menos, no nos faltará para comer.

Su entusiasmo se desbordó una vez conseguida la aprobación.

–Hay que convencer a todos, si es preciso se roturarán hasta los caminos, la guerra debe ganarse y para ello los soldados tienen que estar bien alimentados.

–Te veo muy convencido de ganar esa guerra. Las guerras, hijo mío, nunca se ganan, todos perderemos con esta guerra.

Pero Gerardo ya no podía escucharle, porque salía del despacho a grandes zancadas en dirección a la estación, para llegar a tiempo de coger el tren que pararía en Astorga, acercarse al casino y poner en marcha la operación que le llevaría directamente a Burgos.

El recorrido de Astorga a León no constituía un especial problema, pues era persona conocida en la provincia, pero no estaba del todo seguro de la vigilancia en los ferrocarriles a partir de Palencia. Tuvo la feliz ocurrencia de encomendarse al obispo de la diócesis, que comprendió al punto la importancia de la misión, le facilitó cartas credenciales para el viaje, dos sotanas y unos libros religiosos hábilmente manipulados para contener en su interior las divisas y el oro que portaba. Con estas disposiciones, Gerardo respiró tranquilo. Lo embutió todo en un macuto de seminarista y completó su equipaje con provisiones de una hogaza de pan, un chorizo y dos libras de tocino. En la estación de Venta de Baños, a 86 kilómetros de Burgos, aprovechando el cambio de máquina y el trasiego de pasajeros, se revistió de sacerdote. La presencia de militares se hacía cada vez más evidente por la cercanía de Burgos. Los soldados de los piquetes que recorrían el tren se limitaban a saludarle con respeto. Un teniente joven le besó la mano y pidió su bendición: se iba a primera línea del frente de Oviedo. La máquina arrancó por fin y se embebió en la lectura de un libro de oraciones.

Los uniformes militares de caballería, artillería, ingenieros y de estado mayor ocupaban las calles de Burgos. El trasiego de motoristas con pliegos de órdenes, desde la Junta de Defensa Nacional, era un rastro fácil de seguir. Pero el obispo, en sus prudentes disposiciones, hizo venir a un cura del seminario que conocía la ciudad. Le confeccionó un plano rústico con el itinerario más directo desde la estación. El comandante de estado mayor que por fin lo recibió se quedó examinando las cartas credenciales que tenía sobre la mesa. Luego, lo escrutó con la mirada.

–Usted padre, ¿es realmente cura?

Gerardo le respondió sin vacilar en un tono respetuoso pero firme.

–No mi comandante, soy un industrial de León.

–Entonces, ¿el hábito?

–Fue por recomendación del obispo de Astorga, mi comandante, para tranquilidad del viaje. Pero si usted lo autoriza, llevo ropas de paisano, puedo cambiarme.

–No es preciso ahora, aunque el hábito no hace al monje, usted da al pronto el pego. Lo noté en sus manos, no tienen la finura de las del sacerdote. Pero si el obispo lo autorizó, no soy yo quien para enmendarle la plana nada menos que al obispo de Astorga. Le escucho.

Le relató Gerardo el motivo de su viaje, la entrega de una cantidad importante en divisas en cumplimiento de la orden del 19 de agosto y su propósito de organizar las fuerzas productivas de su comarca para hacer llegar víveres al frente. El comandante lo escuchó con atención y le pidió con amabilidad que esperara. Regresó al poco con un capitán de intendencia y un amanuense que tomaría notas y redactaría los contratos de suministros. Se contaron las divisas y calculó el valor de las nueve onzas de oro y todo se formalizó en un recibo cuñado que le entregó el comandante con solemnidad: la cifra era respetable, al cambio superaba las novecientas mil pesetas, todo un capital. Tenía que esperar algunas horas para la cumplimentación de los contratos e instrucciones para los envíos, y el comandante le facilitó lo necesario para que se aseara y descansara. El regreso lo haría de paisano, con un salvoconducto del ejército de Burgos que le permitía utilizar el ferrocarril y daba preferencia para el embarque de sus mercancías en los vagones disponibles y aquellos que pudieran añadirse al convoy. Un teniente lo acompañó de regreso al tren, se le cuadró militarmente en el andén y le tendió luego la mano en un apretón varonil. Sus palabras las recordaría con orgullo durante mucho tiempo: “Hombres como usted son los que precisa la nueva España de Franco”. Volvió a cuadrarse y se mantuvo en posición de saludo hasta que subió al estribo del vagón. Las palabras del teniente se le hicieron diáfanos cuando puso pie en el andén de la estación de Astorga y se encontró con la noticia, de que aquel mismo 29 de septiembre, Franco había sido nombrado Jefe del nuevo Estado, en Burgos, y asumía el mando del ejército

que quedara en manos de una Junta militar cuando el accidente de Mola. Su confianza en el éxito de la contienda se afianzó más si cabe, era el tipo de noticia que estaba esperando. No cabían ya vacilaciones y esperó paciente el paso del siguiente tren que le dejara en Maganza.

Una de las primeras medidas del mando unificado, que Gerardo recibió con alborozo, fue la declaración de ilegalidad de todos los billetes emitidos por la República después del 18 de julio. La dificultad de dinero circulante se agudizó y le permitió hacer valer como medio eficaz de pago los pagarés emitidos de su firma, con el respaldo de los documentos que se trajo de Burgos. Le producían un alivio mientras llegaban las remesas de la nueva moneda que le anunciaron se habían encargado en Leipzig, Alemania. A finales de aquel año de 1936, cuando empezaba a encontrar nuevas dificultades de dinerario, llegaron los flamantes billetes de mil pesetas con la imagen del Alcázar de Toledo; los de quinientas, con la catedral de Salamanca; los de cien, con la catedral de Burgos. Echó en falta que no se acordaran de la catedral de León, con sus magníficas vidrieras, en aquel papel moneda de nuevo cuño. Pero cuando retiró los pagarés en circulación y entregó los billetes a cambio, la confianza ante sus proveedores se consolidó y su figura como intermediario con las nuevas autoridades cortó de raíz cualquier comentario.

Los vagones de diez toneladas de carga que se alineaban en la estación, se llenaban con harina de su fábrica, con las patatas de la cosecha anterior, con los garbanzos y alubias que traían en sacos de arpillera las carretas de bueyes. Todo se pesaba, contabilizaba y entregaba el vale correspondiente que sería canjeado por los nuevos dineros al pago de la remesa, que llegaba puntual con el nuevo pedido. Los de Astorga, completaron un cargamento de chocolate, y hasta se embarcaron unos toneles de buen vino como regalo especial para los oficiales de graduación.

La creación del Servicio Nacional del Trigo, para controlar el abastecimiento de pan a la población, no llegó a afectarle en su calidad de proveedor del glorioso ejército, cuando empezaron a circular las primeras monedas horadadas de cuproníquel de a veinticinco céntimos. En diciembre, una nueva orden, obligaba a las fábricas y molinos maquileros a incrementar el

rendimiento de las harinas con el aprovechamiento de la tercerilla y las harinillas, pero el pan de su casa seguía siendo de harina candeal.

Leonardo le dejó hacer sin entrometerse, se recluía en la cocina con Bernarda en conversaciones de intimidad que se interrumpían ante la presencia de cualquiera. Tomaba su vaso de vino blanco sentado en el banco corrido, sin acercarse al Café como era su costumbre, pues parecía incomodarle la fanfarria dominante de los nuevos amos. Recuperó sus buriles y gubias de tallar la madera y pidió le trajeran útiles para pintar al óleo. Se pasaba las tardes enteras en la galería, en una afición nueva, pintando sobre tablas que el mismo pulía y enmarcaba. Hasta su retiro voluntario le llegaban las noticias, aquellas que comentaba en sus coloquios con Bernarda, que seguía escuchando su aparato de radio en aquellos partes encendidos de ardor patrio, en el segundo año triunfal.

En Maganza no hubo disturbios ni algaradas, ni tuvo repercusión la contrarreforma agraria del Servicio de Recuperación Agrícola, pues no se dieron ocupaciones de tierras. Al único grupo de falangistas que se dejaron caer un día, se les convenció para que siguieran su camino, que allí todo estaba en paz y las gentes laboraban para mandar suministros al glorioso ejército del generalísimo Franco. Pudo salvarse así el maestro que tenía acogido en su casa, pues aunque era cosa conocida, nadie reveló el secreto y se respetó la voluntad de Leonardo.

El único suceso digno de mención, que alentó las comidillas de las comadres, fue aquel caso insólito de la negra que se volvió blanca y de los supuestos amoríos del médico por ella. Nunca llegó a saberse como las aguas del balneario habían obrado el milagro en aquella real moza, de tez tan morena, a la que se le fue aclarando la piel y afinando el porte y la figura. Bernarda dejó de solicitar aclaraciones a las recetas, que nunca necesitara, por no entrometerse en el idilio que se comentaba. Cuando su hermano Mario le confesó, que había pedido relaciones formales a la muchacha, sus dudas se disiparon, pero a sus treinta y siete años cumplidos ya no abrigaba demasiadas esperanzas y se acomodó con resignación a la relación amistosa que siempre había mantenido con el joven médico de Maganza. Su empeño entonces se concentraba en la casa, en tener provisiones de hierbas medicinales para cualquier remedio casero, en procurar que sus hermanos regresaran sanos y

salvos, sobre todo los que estaban en el frente, y que la paz llegara pronto y se curaran todas las terribles heridas de aquella guerra infame. Sus deseos se cumplieron cuando empezaba a despuntar la primavera, en los brotes tiernos de los trigos y centenos que verdeaban los campos, en el aire fresco de las mañanas que se atemperaba al mediodía, cuando encendía su aparato, y se encontró con la noticia de aquel parte radiado en la voz endeble que no reconocía como la del aguerrido militar vencedor en todas las batallas:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO.

A la hora de la comida ya se sabía la noticia. Gerardo anunció solemnemente que su puesto estaba ahora en Madrid, que le esperaban para reconstruir la nueva España. Leonardo asintió en silencio y Bernarda se levantó de la mesa con pretexto de ir a la cocina. Fueron unos instantes, pero pronto se escuchó el tintineo de los cubiertos sobre los platos de loza. Gerardo habló de nuevo para pedir permiso a padre de llevarse el coche a Madrid, con el equipaje imprescindible para los primeros días, pues quería causar buena impresión y pidió a Isidro que lo sacara de su refugio del almacén y revisara el motor. Leonardo asintió de nuevo con la cabeza, pero no dijo nada. Luego se levantaron de la mesa, los hombres al Café a comentar las novedades del fin de la guerra y las mujeres a recoger las vajillas y cubiertos. Isidro desconfiaba de las habilidades de su hermano en la conducción, pero no se ofreció esta vez a acompañarle en el viaje, como siempre hacía, por el puro placer de manejar aquella máquina perfecta de la mecánica. Lo mantenía en perfecto estado, pues no había descartado la posibilidad de necesitarlo en un caso de urgencia. Pensaba en la cercana recolección de los cereales, en el funcionamiento de la fábrica, y no se veía él mezclado con las jerarquías con las que Gerardo pensaba entrevistarse.

Leonardo nunca descabezaba una siesta, le producía un dolor de cabeza insoportable. Se encaminó hasta la galería a ensimismarse en la pintura de un bodegón con frutas y piezas de caza menor que lo tenía atareado. Era el plumaje de una perdiz roja que le quedaba algo desvaído, como si los colores se le resistieran. Pensó luego que era producto del desánimo que le embargaba lo que terminaba plasmándose en el cuadro.

Cogía su paleta cuando los gritos empezaron a menudear por la calle, con vivaespañás y vivasfranco, hasta que se formaron las partidas de subasta en el Café y toda Maganza quedó en un relajo de silencio.

7

El Hispano Suiza circulaba a buena marcha por la carretera de La Coruña entre vestigios aún calientes de la pasada contienda, de vehículos militares abandonados en las cunetas alcanzados por obuses. Tuvo que sortear un Panzer alemán con la cadena salida de madre que invadía parte del carcomido asfalto y a lo lejos divisó un carro italiano en medio de un sembrado, un Fiat L 3/35, o lo que quedaba de él, cuando llegaba a la altura de El Plantío. Pero la obstinada resistencia de Madrid se empezaba a sentir cuando llegó al Puente de los Franceses. Los partes de guerra daban cuenta de la encarnizada lucha de la capital y sus heridas eran elocuentes en la desolación de la Ciudad Universitaria de la que no quedaba piedra sobre piedra. Allí se luchó a pecho descubierto, edificio por edificio. Recordaba el imparable avance de las tropas legionarias y regulares desde Cádiz, en octubre del 36, pasando por Extremadura y Toledo hasta las mismas puertas de Madrid donde se estabilizó el frente. Fue el general Varela el que puso el cerco en las mismas orillas del Manzanares y la Casa de Campo. El episodio, tantas veces comentado, le brotaba ahora del pecho con orgullo, pues él había contribuido por su propia decisión al abastecimiento de las tropas vencedoras. Pero lo que le decidió por fin a aquel viaje a la capital, después de los silencios y asentimientos de cabeza de padre sin pronunciar un sí definitivo, fue la noticia escuchada por la radio de Bernarda del nombramiento del segundo gobierno de Franco. Aquel comandante de estado mayor que lo recibió en Burgos, con el que firmó el pacto para suministrar víveres durante toda la contienda, había

ascendido nada menos que a general y, lo que era decisivo para sus planes, su nombre aparecía al frente del Ministerio de Industria y Comercio. Era la oportunidad que esperaba y le ofrecía el destino en bandeja de plata. En la cartera de piel, en el asiento de al lado, llevaba guardados los documentos que le acreditaban como suministrador del ejército de Franco, y su fidelidad a toda prueba, en el recibo con la entrega de las divisas. Se pondría a las órdenes de don Luis en la certeza de que sus servicios a la Cruzada serían recompensados. Llevaba credenciales de la Falange, porque tenía oído que era corriente pedir avales de pureza de sangre ideológica para ejercer cualquier actividad industrial o mercantil. En el asiento trasero, recién planchado, su mejor traje oscuro y la camisa blanca con el cuello almidonado. No había descuidado ningún detalle, su presentación en el Ministerio tenía que ser impecable. En esas cavilaciones andaba cuando le echaron el alto a la altura de Puerta de Hierro, un piquete de soldados con una barrera rústica apuntalada con sacos terreros. Echó mano a los papeles que le acreditaban como persona afecta al régimen que llevaba preparados en la guantera y le preguntaron el motivo de su viaje. La sola mención del nombre del general hizo al cabo ponerse firme y ofrecerle escolta hasta el Ministerio. Gerardo argumentó que tenía previsto cambiarse de la indumentaria del viaje y anunciar su presencia, para concertar la cita con persona tan principal, pero el cabo insistió en darle escolta hasta su lugar de alojamiento. Cuando mencionó el hotel de la estación de Príncipe Pío, en el que tenía pensado alojarse, el cabo hizo un gesto ambiguo y se retiró al retén para consultar con el sargento. Salió el militar del chamizo que hacía de garita y observó con detenimiento el imponente Hispano Suiza parado ante la barrera. Su vistazo de reconocimiento le advirtió de que allí iba un pez gordo, pero le extrañó que no llevara chofer. Por si acaso se cuadró militarmente. Era el asunto del hotel el que había despertado las suspicacias del cabo, pues pensaba que el propietario de un coche de lujo como aquel tendría residencia fija en Madrid y que regresaba de alguna finca donde había pasado la contienda. Aclaró Gerardo con buenas palabras el malentendido y volvió a explicar ante el sargento las razones de su viaje, su cometido durante la guerra, y la necesidad de ponerse a las órdenes de las nuevas autoridades para contribuir a la reconstrucción nacional. De todas formas, no tenían muy claro que el hotel recibiera huéspedes, pues todo

andaba aún patas arriba. Resolvió el sargento mandar un motorista a recabar información y preguntar sobre la posibilidad del alojamiento. Mientras esperaban, sacó Gerardo la cesta bien provista que le había preparado Bernarda, e invitó a chorizo y cecina, pero cuando sacó el pan de su propia harina recién horneado, la reticencia de los militares se deshizo en elogios, pues hacía años que no probaban un pan como aquel. Quedaron convencidos de que quien tenía acceso a ese pan era necesariamente quien decía ser, pues no se iba a arriesgarse a las hambrunas de Madrid teniendo la despensa de su casa tan bien surtida, si no fuera por razones estrictamente de apoyo a la causa. Gerardo les acompañó de buena gana, pues las seis horas largas que había pasado conduciendo, desde primera hora de la mañana, le habían dejado un hueco en el estómago que las incidencias y la tensión del viaje mantuvo oculto. Regresó el motorista con buenas noticias, cuando andaban concluyendo el almuerzo, y se quedó con los ojos prendidos en un trozo de hogaza que quedó encima de la cesta. Gerardo hizo además de ofrecérselo, pero el soldado miró al sargento con ojos de súplica, que dio la autorización pertinente. Se bajó de la moto con sidecar y con un mordisco de pan en la boca, dijo que se estaban poniendo a punto algunas habitaciones y que le recibirían con mucho gusto como su primer cliente. Recogió una buena raja de chorizo y casi se le saltan las lágrimas al muchacho, cuando confesó con voz trémula que aquel chorizo no podía ser de otra parte que de León, de donde él era, y que hacía dos años largos que no lo probaba, desde que le movilizaron, que el pan le recordaba la textura del de Astorga, donde fue una vez por una excursión del colegio y que soñaba por las noches con ese pan esperando lo licenciaran. Rió el sargento de buena gana ante la confesión del soldado y le palmeó la espalda campechano. Reiteró su ofrecimiento de escolta y el motorista arrancó el motor de dos tiempos de su máquina que petardeó al acelerar. El Hispano Suiza se deslizó majestuoso en pos de la motocicleta hasta la puerta del hotel donde ya le esperaban.

Las comunicaciones telefónicas andaban aún defectuosas, pero el hotel había conseguido rehabilitar su centralita de clavijas que la operadora manejaba con desenvoltura. Le ofreció el director su despacho, pues no estaba restablecido el servicio interior con las habitaciones. Después de varios intentos infructuosos consiguió comunicar con el Ministerio. El Ujier que lo

atendió le hizo esperar y comunicó de nuevo para preguntarle el nombre. Se puso por fin un secretario que tomó nota, pero le anticipó que el Ministro andaba muy atareado y que debía esperar a que le avisaran. Quedó al encargo de la telefonista estar al tanto de la llamada, mientras el director se disculpaba por no poder atenderle en lo referente al comedor, pues las cocinas se estaban reparando, pero que podía indicarle una casa de comidas cercana donde le atenderían en lo posible, dada la situación de escasez en que se encontraban. Señaló Gerardo la cesta que reposaba al pie del mostrador de recepción, donde le quedaba provisión suficiente para resistir tres días, y el director puso unos ojos golosos cuando destapó un pico del mantel que la cubría. Ofreció si gustaba, y el director hizo un gesto con la palma extendida de un sí es no, que era un sí en toda regla, pero que su pundonor le impedía aceptar. Puso sobre el mostrador la cesta de mimbre que estaba resultando el mejor de los salvoconductos y sacó una ristra de chorizos tiernos de los de entrecayo, añadiendo al tiempo, que con unos cachelos y unas cebollas estaban inmejorables. El director se los terminó aceptando por probar una receta que nunca había comido, pero asegurando que se ocuparía personalmente de que el Hispano Suiza quedaría a resguardo y que no le aconsejaba circulara con él por Madrid. Un botones ya crecido, al que le quedaban las mangas de la chaqueta algo cortas y las perneras del pantalón por encima de los tobillos, se hizo cargo del equipaje y se encaminó hasta las escaleras. El ascensor estaba en reparación, pero la habitación era en el primer piso. Cuando subía en pos del botones advirtió su extrema delgadez, con unas canillas que parecían las de un gorrión, y le dio en pensar en las hambres que habría pasado. Se rebuscó en el monedero y separó un níquel, una moneda de veinticinco céntimos con el escudo del yugo y las flechas.

La habitación era amplia y la falta de agua caliente no le importunó, acostumbrado como estaba a los fríos regatos de Maganza. Colgó el traje y la camisa con cuidado en el armario comprobando que no se habían arrugado y se quedó en camiseta para lavarse. Bernarda le puso una pastilla de jabón de olor en el equipaje, pues todo lo preveía en los mínimos detalles pensando en ese Madrid desabastecido. Utilizó su propio jabón, pero las toallas blancas de rizo americano estaban impecables. Tomó la precaución de vestirse y estar dispuesto por si aquella llamada se producía. Se decidió por la corbata negra,

que entonaba mejor con el aire de seriedad de su indumentaria y se ajustó el nudo frente al espejo del armario, cuando escuchó unos discretos golpes de nudillos en la puerta: el botones le traía un recado del director, que le esperaba para tomar un Jerez antes de la comida. Aceptó la invitación aunque su inclinación por la bebida era nula. Mantenerse sobrio en los asuntos de negocios, mientras los demás se alegraban con el vino, le había reportado algunos éxitos incuestionables. Era la razón fundamental por la que su moderación se extremaba en esos casos y pensaba aprovechar la oportunidad para hacer algunas preguntas. Su ojo de comerciante le indicaba que aquel era un buen establecimiento que reclamaba una inversión de capital. Ubicado en un sitio inmejorable, junto a la estación del Norte, y que Madrid necesitaría pronto de plazas hoteleras suficientes. Era su método, observar y reflexionar, lo que le reportaba algunas ventajas a la hora de actuar.

El director le esperaba con una botella de manzanilla La Gitanilla, con dos catavinos sobre el velador y se levantó solícito al verle entrar. Gerardo aceptó la copa y simuló un brindis, pero se mojó los labios ligeramente: aquel vino de diecisiete grados cumplidos podría trastornarle. Cruzó las piernas depositando las dos manos sobre la rodilla derecha y examinó a su contertulio con discreción. Advirtió su traje usado, pues era de aquellos que se les daba la vuelta al género y el bolsillo de la americana aparecía en el lado contrario. Pero todo en su aspecto denotaba pulcritud. Estaba perdiendo el pelo por la coronilla, y se apreciaba a las claras que lo disimulaba con un peinado de calvo prematuro vergonzante, pero sus maneras eran educadas y se notaba que conocía el oficio. Le calculaba su misma edad, unos cuarenta años, pero en su mirada se advertía un velo de sufrimientos acumulados. Rompió el silencio con una fórmula de cortesía, agradeciendo la hospitalidad del recibimiento, pero pronto dirigió la conversación a sus propósitos:

–De haber sabido que estaba abierto, el hotel, hubiera venido en tren desde León. Está bien situado para los viajeros del norte, pero veo que tienen dificultades.

–Disculpará las molestias, Madrid se está recuperando y no es sencillo conseguir lo necesario. Espero que en su próxima visita podamos atenderle con todos los servicios. En realidad ha sido por indicación del Gobierno que me hice cargo, pues el establecimiento fue requisado por los milicianos del ejército

rojo y no hay dueño a quien recurrir. No lo sé con certeza, puede que haya perecido o huido al extranjero. Se están dando muchos de estos casos, de propiedades que no son reclamadas. De momento tengo el encargo de abrir las instalaciones y adecuar los servicios comunes.

Para Gerardo era suficiente información, esos asuntos se llevarían en Comercio, en algún negociado de la cartera del general amigo. No estaba perdiendo el tiempo. La telefonista llegó sofocada y casi sin aliento a llevar el encargo. Llamaron del Ministerio y a las cinco llegaría un coche oficial a recoger a su único cliente. Su emoción estaba ocasionada por el futuro de aquel empleo sobre el que no abrigaba demasiadas esperanzas, vista la precaria clientela, pero que con personajes como aquel bien podía mejorar su suerte. El director le dio las gracias y le pidió que volviera a su puesto de la recepción. Se dirigió con respeto a Gerardo, había creído en un primer momento que no le recibirían tan pronto, que tendría que hacer antesala algunos días.

–No ha probado usted el vino, don Gerardo, ¿prefiere otra cosa? No es que estemos sobrados, pero en la bodega quedan existencias.

–No es por el vino, es que ya comí por el camino, hubiera preferido un café. Estaba pensando que esta noche podríamos cenar en el hotel usted y yo, pero antes tengo esa entrevista, ya sabe, con el ministro, ¿sería posible esa cena?

–Nada me agradaría más, pero he de confesarle que nuestra despensa no está tan bien surtida como la bodega. Esa es la verdad. Restablecer los proveedores me está costando más de lo que imaginaba. Falta de todo y es un quebradero de cabeza, no lo sabe usted bien.

Se lo imaginaba, que eran las provisiones y no los fuegos los que habían dejado de funcionar. Sonrió para sus adentros pero sin expresar emoción alguna que delatara su juego.

–Eso no constituye un problema. Hágase cargo de la cesta y eche un vistazo al arcón trasero del coche. Hay provisiones suficientes para varios días. Prefiero comer de caliente y no me fío mucho de lo que puedan estar dando por esos figones. Subo a la habitación a descansar y espero me avisen antes de las cinco. ¡Ah!, lo de los suministros creo que se puede arreglar, de eso quiero hablarle esta noche.

No era descanso lo que necesitaba, sino reflexionar sobre la oportunidad de meterse en el negocio de los hoteles o, por el contrario, abastecerlos de víveres. Estaba el inconveniente de los transportes, que había que restablecer, pues apenas se había cruzado con vehículos y camiones que no fueran de militares en todo el trayecto. Ese era otro de sus propósitos al emprender el arriesgado viaje en coche, comprobar el estado de los caminos. El pescado de los puertos del Cantábrico tenía que llegar a Madrid y el tren ya no era medio adecuado por las demoras excesivas. Se ajustó de nuevo el nudo de la corbata y comprobó el contenido de su cartera de cuero. Llevaba esa especie de pagaré de un millón de pesetas que no pensaba exhibir, por si se lo pedían: tendría que extremar la cautela. Esta vez fue el director en persona quien subió para avisarle de que le estaba esperando un coche oficial en la puerta. Se había adelantado sobre la hora prevista. Por la escalera le informó que todo estaba en orden para la cena. Cruzó con pasos medidos el amplio vestíbulo de la recepción, sin prisas, sabiendo que se enfrentaba a decisiones importantes y que habría de necesitar de toda su astucia íntegra. Subió en la parte trasera del coche y el soldado cerró la portezuela.

–Llegas como caído del cielo, ¿dónde te habías metido? –le saludó cordial el ministro cuando entró en el despacho enmoquetado.

–He venido a ponerme a sus órdenes, mi general, en cuanto tuve noticias de su nombramiento.

–Siéntate, pero nada de cortesías, somos camaradas. En privado soy Luis para ti, claro que en público puedes llamarme ministro, a secas.

La cordialidad del recibimiento no le hizo relajarse ni un ápice, sabía la distancia que los separaba y en guardar las distancias debidas era un experto. Se sentó en el sillón que le ofrecía. La inmensa mesa ministerial estaba limpia de papeles. Observó las fotos familiares enmarcadas y la escribanía en cuero repujado: esperaba atento las instrucciones. Por el interfono pidió café y sacó una caja de puros del cajón: le ofreció un habano. Gerardo no fumaba y menos uno de esos enormes puros. Su sobriedad era uno de sus rasgos distintivos.

–Gracias ministro, no fumo, pero el café se lo agradezco, no tenían en el hotel, en realidad no había de casi nada. Me preocupa ese desabastecimiento. El director, un buen hombre abrumado por la responsabilidad, me confesó que trataba de ponerlo en servicio, que el dueño está desaparecido.

Con el café entró también un coronel de intendencia, era el capitán que tan bien conocía, se le quedó mirando con gesto de sorpresa. El ministro intervino para solventar la duda.

–Es nuestro amigo de Burgos, el industrial de León. Gerardo, te presento a mi secretario personal. En adelante, si no es precisa mi intervención, con él debes tratar cualquier asunto del Departamento. Coméntale lo del hotel donde te alojas, yo tengo que despachar algunos asuntos, ya te contaré. Procura estar siempre localizado. Pero toma primero el café, no hay tanta prisa.

El coronel esperaba de pie junto a la mesa y Gerardo se tomó el café en dos sorbos abrasadores, sabía que la entrevista había terminado. Se levantó, el ministro le tendió la mano y se la estrechó con fuerza. Se sentía más tranquilo tratando con un militar de intendencia, que entendería mejor las dificultades de las empresas que se proponía. El coronel le invitó a pasar a un despacho contiguo, mucho más sobrio y repleto de carpetas y legajos. Gerardo le comentó sus impresiones del camino y el incidente en Puerta de Hierro, pero derivó pronto la conversación a los asuntos que le traían. El secretario era persona resolutiva y le pidió la cédula personal para anotar sus datos y extenderle cuantos permisos y licencias precisara. Cuando terminó con sus anotaciones le recordó el asunto del hotel.

–Me lo comentó el director, sobre la falta de dueño y el encargo recibido, dijo que del Gobierno, de abrir las instalaciones. Dudo que lo consiga, tiene la despensa vacía. He quedado a cenar con él esta noche, por lo de los suministros, y he tenido que poner yo las provisiones.

–Se me ocurre un primer encargo –dijo con resolución el coronel–, ese es un hotel estratégico por su situación al lado de la estación del Norte y me interesa que esté lo antes posible abierto al público. Hazte cargo, te extenderé los documentos ahora mismo, ya resolveremos el asunto de la titularidad más adelante. Necesito que en dos semanas esté listo para recibir una delegación importante. Si precisas camiones para llenar la despensa, llámame, el ejército se ocupará de traerlas. De tu cuenta quedan los víveres, que tengas carne y pescado suficiente, tenemos que causar buena impresión, el ministro está muy preocupado con este asunto, ¿lo harás?

Asintió con la seriedad de los grandes acontecimientos mientras calculaba si las cinco mil pesetas que llevaba en la cartera serían suficientes para los primeros gastos. Le daba la impresión de que los pocos empleados estaban a verlas venir, sin garantías de cobrar sus sueldos, en las caras famélicas que había observado. Mandaría venir a Mario con efectivo en uno de aquellos camiones, el hotel les resarcía con creces del millón de pesetas entregado y no podía dejar pasar la oportunidad de cobrarse la deuda, quién fuese el “chino” que pagaba el pato le importaba poco, seguramente un republicano desafecto que andaba huido. Se decidió a poner en palabras sus pensamientos.

–Déjalo de mi cuenta –dijo tuteándole por primera vez–, en dos semanas me comprometo a tenerlo en perfecto estado de revista. Pero necesitare esos camiones, los embarques en tren van lentos, no confío en que llegue todo lo necesario a tiempo por esos medios. Entiendo que puedo actuar como propietario, pagar los sueldos y contratar personal, ¿cuántas habitaciones se necesitan?

–Todas Gerardo, es una delegación importante. Si todo sale bien, el ministro te confiará nuevas empresas. Debes ir pensando en trasladar tu residencia a Madrid, traer la familia y, a todo esto, ¿estás casado?

El oficial con los documentos encargados llegaba con el portafirmas, dejó los papeles y se cuadró con un sonoro taconazo. Todo funcionaba a toque de corneta. Con la misma marcialidad salió del despacho.

–Aquí tienes, de ahora en adelante puedes actuar como propietario, contratar, pagar y cobrar facturas. La de la delegación me la pasas directamente a mí, ya sabes, las horas extras que no cobramos los militares. Eso lo trataremos siempre entre tú y yo, ¿alguna duda?

–Ninguna mi coronel. Sólo un pequeño detalle, puedo precisar mano de obra para realizar algunas reparaciones, los teléfonos por ejemplo, que no funcionan.

–El ejército tiene los mejores especialistas, llámame con lo que necesites. Considéralo una aportación personal mía, el ejército no cobra, en eso llevas ventaja, lo demás corre de tu cuenta.

No había pasado una hora de su llegada al Ministerio cuando salía con credenciales de propiedad de un hotel cuyo valor duplicaba con largueza la

deuda inicial. Era cierto que aquellos militares tiraban con pólvora ajena, pero cumplían los compromisos adquiridos. Le esperaba el chofer con la puerta abierta, el sol estaba aún alto y calculó que era pronto para cenar. Cuando le preguntó a dónde iban se le ocurrió dar un paseo de reconocimiento y se lo expresó al conductor. No había problemas, estaba a su disposición por orden superior, sólo con llamar al parque móvil iría en su busca. Pero añadió: “Los militares no tenemos horario”. Le indicó dar un recorrido por el centro antes de ir al hotel.

A La Cibeles, “la linda tapada”, la habían despojado ya de los sacos terreros, del parapeto que la protegían de los bombardeos, que quedaron apilados en espera de ser recogidos, pero la fuente no funcionaba. La Gran Vía, la Avenida de José Antonio como ahora se le llamaba, estaba concurrida de tropa menuda en la hora del paseo, pero los leones de piedra de las Cortes guardaban solamente su bola de piedra ante unas puertas atrancadas a cal y canto. Los cines de Callao mostraban sus luminarias encendidas y carteleras anunciando las proyecciones. Largas colas se apostaban delante de las taquillas. El pueblo de Madrid recuperaba el pulso cotidiano y se echaba a la calle aprovechando el buen tiempo, para no pensar en tanta calamidad sufrida, para sacudirse las telarañas del alma y creerse aquella paz de hierro. Tiró de la leontina del reloj y comprobó las manecillas. Era suficiente para llegar a una hora prudente, y le indicó al chofer que le llevara al hotel.

Dejaba la cartera sobre el mostrador de recepción cuando apareció el director estirándose los faldones de la chaqueta, tratando de dar prestancia a su lastimera estampa, a su traje recompuesto con el bolsillo del revés. Reparó entonces en que desconocía su nombre y a partir de ese momento sería empleado suyo.

–¿Cómo debo llamarte?

–Aniceto, para servirle don Gerardo.

–Bien Aniceto, examina estos papeles que traigo del Ministerio y prepara unos recibos provisionales para efectuaros el pago del salario de este mes. He pensado que tu sueldo puede ser de doscientas pesetas, de momento, ¿qué me respondes?

–Me deja de una pieza, don Gerardo, aquí dice que usted es el nuevo propietario.

–En efecto, y quiero empezar con buen pie, pagando a mis empleados. Subo a cambiarme. El sueldo del resto del personal lo discutiremos durante la cena, ¿está todo preparado?

–Naturalmente, don Gerardo, el cofre era el mismísimo cuerno de la abundancia. ¡Qué patatas y cebollas! He pensado que el gallo dará para un arroz y un cocido, y aún sobraré para hacer una fuente de croquetas con las pechugas, si usted lo autoriza.

–Eso es cosa tuya de aquí en adelante. Tomaré algo de vino en la cena, hay que celebrarlo, un Rioja será suficiente. No suelo beber Aniceto, pero esta noche haré una excepción, brindaremos por el futuro de la nueva España.

Bajó en mangas de camisa, despojado de la corbata y la chaqueta, hacía una noche calurosa de pleno agosto. En Maganza, por las noches, refrescaba lo suficiente para taparse con una manta, no estaba seguro de soportar aquellos calores de Madrid. Las patatas y los chorizos humeaban en la fuente y escuchó el sonoro estampido del vino al descorcharse. La mesa estaba dispuesta con una mantelería de lino impecable y las copas eran de cristal fino. Se sentó y dio su primera orden:

–Puedes servir el vino, Aniceto.

Lo probó con moderación y lo encontró excelente. Hizo ademán de que se despachara su ración, pero empezó por servirle a él primero. Tentó las patatas con el tenedor y se partían como la mantequilla, estaban en su punto. Comió frugalmente, como tenía por costumbre en las cenas, y se permitió la libertad de tomarse otro sorbo de vino. Aniceto comía con apetito, para ser exactos habría que decir con hambre, con esa hambre atrasada de meses con cuatro lentejas en guerrilla flotando en el caldo como única comida. Ensimismado en el plato, no reparó en las primeras palabras de Gerardo.

–Hay que hacer un inventario exacto de los desastres a solucionar. El ejército vendrá en nuestra ayuda. Necesito esa lista de necesidades para mañana a primera hora.

Aniceto se limpió la boca con restos rojizos de chorizo y se echó mano al bolsillo de la americana. La tenía preparada. Se la entregó mientras la recitaba de memoria.

–Hay que arreglar los ascensores y la centralita y conseguir combustible para las cocinas, la lavandería va bien. Adecentar algunas habitaciones, cosas

de fontanería y pintura. En lo tocante a la mantelería, ropa de habitaciones y utillaje de comedor, estamos servidos. Sólo falta encontrar provisiones de boca, en eso me encuentro impotente.

–¿Cómo andamos de personal?

–Lo que ha visto, don Gerardo, y poco más. Conocidos que me echan una mano por si encuentran una colocación, pero que se irán en unos días si no ven moneda contante y sonante. De promesas no se vive, y los tiempos están difíciles para todos.

En esto sacó la cartera con parsimonia y apartó unos billetes. Los dejó encima de la mesa. Miró el vino al trasluz y le dijo con un gesto de la mano que siguiera comiendo.

–Aquí tienes dos mil pesetas, abre la cuenta de caja con esta partida y paga primero al personal este mes completo. De lo anterior no me hago cargo. Contrata un cocinero y una gobernanta, que se ocupen de ayudarte a poner la casa en orden. Puedes ofrecerles cien pesetas mensuales o algo más si es preciso. El resto del personal puede empezar con setenta y cinco pesetas. Cuando todo funcione podemos ajustar los sueldos. Puedes cobrarte las doscientas pesetas prometidas, si todo sale bien hablaremos de tu sueldo más adelante. Me quedo con la nota, mañana a primera hora tengo que hacer una llamada. Me despierto a las ocho, a las nueve desayunaré y espero poder conocer a los dos nuevos empleados. En dos semanas esto tiene que estar funcionando.

–Eso no es posible, don Gerardo.

–Tiene que serlo, he dado mi palabra al ministro.

El Fuero del Trabajo recientemente promulgado no suponía una protección efectiva para los trabajadores, pues eran los Sindicatos Verticales los que organizaban una producción totalmente corporativa y el empresario era el jefe jerárquico indiscutible. Los nuevos derechos de propiedad se convertían en sacro santos y la restricción del despido libre quedaba ampliamente compensada con la prohibición del derecho de huelga. En realidad, aquel Fuero, era un refrito de la Carta del *Lavoro* de la Italia fascista, de la legislación portuguesa y del Tercer *Reich* alemán. El empresario no incurso en la Ley de Responsabilidades Políticas podía actuar con un amplio margen de liberalidad

en la fijación de las condiciones de trabajo y de los salarios, y recibía una sumisión garantizada por la represión de la menor protesta, ante el peligro de ser tachado de rojo subversivo. Su adhesión al Movimiento Nacional era la llave que abría todas las puertas.

La formalización de la nueva empresa no le originó a Gerardo mayores quebraderos de cabeza que la firma de algunos formularios y el alta de los trabajadores. Las oportunidades de las que le hablara el ministro llegaron pronto, en octubre, con una ley que daba protección a las “nuevas industrias de interés nacional”. Se conseguían expropiaciones de terrenos, exenciones fiscales y hasta un rendimiento mínimo garantizado por el Estado. Para entonces, Gerardo había entrado en posesión de su residencia en Madrid, un piso céntrico de más de quinientos metros cuadrados a precio de saldo, objeto de una expropiación derivada de sanciones impagadas por responsabilidades políticas de otro desafecto huido. No tuvo que molestarse tampoco demasiado en gestiones engorrosas ni papeleos excesivos, el resolutivo coronel se encargaba de allanar el camino. A partir de esas dos concesiones quedaron en el buen entendido de que la deuda contraída con el asunto de las divisas quedaba saldada, pero tuvo que entregar el justificante que le dieran en Burgos y renunciar solemnemente a cualquier mención a la misma. Era un pacto entre caballeros, como le dijo el secretario particular con un varonil apretón de manos. El camino quedaba abierto para cualquier empresa y sus antiguos socios en el negocio pronto tuvieron constancia de las ventajas de tener un valedor distinguido en la capital. Así, la otra parte de la deuda, nunca le fue reclamada. No hubiera constituido un problema pagarla ya en efectivo o con participaciones en las nuevas empresas que se creaban, con capital ficticio, que se terminaba desembolsando a los primeros beneficios siempre asegurados. Todo eran concesiones y autorizaciones oficiales: los transportes, el restablecimiento de las flotas mercante y de pesca, la fabricación de papel, las hilaturas..., iban siendo declarados sectores estratégicos en función de las dificultades políticas del momento y el favor a los adeptos. Las exenciones arancelarias para la importación de maquinaria y los “auxilios” para las industrias de interés nacional, un maná sólo al alcance de los componentes exclusivos de aquella “corte de los milagros”.

Los quinientos metros cuadrados de la casa pronto se llenaron de muebles de estilo, de espejos venecianos, pesadas cortinas con baldaquino y una placa de bronce en la puerta con el nombre de respeto del nuevo propietario. Todo estaba listo para recibir a la señora, con personal de servicio incluido adiestrado por la gobernanta del hotel, con delantales de encaje y guantes blancos de algodón, con sus cofias almidonadas y zapatos de suela de caucho para no rallar el parquet de las habitaciones ni perturbar el silencio. A doña Carmen se la esperaba por Navidad, para celebrar fechas tan señaladas en familia, oír la misa del Gallo y comulgar como buenos cristianos, eso sí, una comunión especial de las santas manos del obispo de Madrid.

Y doña Carmen desplegó una especial desenvoltura para relacionarse con la curia, la otra pata del poder que necesitaba completar el esposo, pues sus regalos de cálices y casullas bordadas en oro, mantos para vírgenes y óbolos para la santa madre iglesia, se hicieron famosos en los círculos del poder. Era el complemento necesario, el refrendo de buenos católicos, sin cuyo concurso ningún currículo prometía.

El hotel se convirtió en el escenario perfecto para agasajos de protocolo y comidas de negocios. En eso seguía fielmente la regla de oro de su casa solariega, de que después de bien comidos y bebidos las voluntades se allanan, las dificultades desaparecen y los clientes se convierten en amigos. Las mejores terneras del Teleno se sacrificaban para su despensa y la merluza de anzuelo de los puertos de Galicia llegaba con regularidad. Doña Carmen se carteaba con el obispo y atendía las mandas de caridad para reponer los ajuares perdidos en la contienda. Eran un dúo que interpretaba la partitura del halago sin desentonar.

Un Madrid empobrecido, menesteroso y hambriento, entregaba su fuerza de trabajo por un mínimo de subsistencia, por una cartilla de racionamiento que distribuía lo que buenamente llegaba a los desabastecidos mercados. Trabajar en un hotel suponía una comida segura, algún pedazo de pan sobrante y la humillante propina. El pueblo de Madrid se iba tragando a duras penas el orgullo del “no pasarán”, la resistencia heroica de sus trincheras, la solidaridad de las Brigadas Internacionales, la vergüenza de un hambre que ya no tenía la dignidad de la resistencia, y bajaba la mirada ante la prepotencia de los nuevos amos, la chulería de los militares, el “no sabe usted

con quién está hablando”, y sobre todo, el miedo, el miedo a ser señalado por un dedo acusador cualquiera.

La llegada del teléfono a Maganza coincidió con el final de las cartillas de racionamiento en toda España, de los productos intervenidos por el Estado que dieron lugar al estraperlo. El origen de la palabra venía de los inventores de un juego de azar, de una ruleta eléctrica que supuso un escándalo político durante la Segunda República. La máquina se registró bajo el nombre de “Stra-Perlo”, una contracción de los nombres de sus promotores: Strauss y Perlowitz. Los sobornos a altos cargos del Gobierno, entre los que se encontraba Aurelio Lerroux, sobrino del líder del Partido Radical en coalición con la CEDA de José María Gil Robles, llegaron a salpicar hasta Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación. El revuelo produjo la prohibición del juego en el casino de San Sebastián, donde pretendía instalarse, y tuvo como consecuencia el descrédito del partido de Alejandro Lerroux. Con estos antecedentes, la palabra estraperlo recientemente incorporada al idioma, no podía traer nada bueno. Los artículos intervenidos y sujetos a racionamiento por el régimen de Franco tuvieron un largo recorrido temporal. Se iniciaron en 1936 con el comienzo de la rebelión militar y acabaron en 1952, cuando el reconocimiento internacional le permitió levantar la autarquía de sus gobiernos cuarteleros. A su sombra, una nueva cohorte de especuladores se enriqueció con la aquiescencia de las autoridades, a las que terminó llamándoseles estraperlistas. En lo sucesivo, estraperlo fue sinónimo de chanchullo y negocio fraudulento. En Maganza las cartillas tuvieron poca repercusión, pues los artículos de consumo básico se producían allí mismo. Servían en el apartado de varios, para obtener tabaco y algo de aceite, que no eran cultivos de la zona. El tren era el lugar idóneo para ese trasiego al menudeo, por el camino de Galicia a León, y encontraba acomodo hasta en la cabina del maquinista para hurtar la vigilancia de los inspectores. El de mayores vuelos, en camiones enteros, llevaba el salvoconducto de los funcionarios de abastos y llenaba los bolsillos de los estraperlistas y sus colaboradores. En los puertos donde se descargaba el trigo a granel procedente de Argentina, los estibadores desarrollaron un ingenioso y provecho método para burlar una vigilancia más bien permisiva, con unos pantalones que se cerraban en los tobillos con lazos y llenaban las perneras a rebosar. No muy lejos del puerto, a la vista de todos, desataban los lazos y desalojaban la mercancía: un río dorado que se molía en las maquilas y molinos en la clandestinidad de la noche.

Las libretas de racionamiento tenían sellos para el pan, el arroz, el aceite, el azúcar y las patatas, pero los productos llegaban en tan pequeña cantidad que era imposible sobrevivir. El pan de harina pronto se sustituyó por el de maíz y, más tarde, por el de guijas o altramuces, que resultaba tan duro e incomedible que podía utilizarse como munición de guerra. Cuando empezó el estraperlo había de todo, pero el salario de los obreros no llegaba para adquirir unos artículos a precios tan desorbitados. Junto a las cartillas de racionamiento empezó a funcionar la del fiado, de la venta a crédito de alimentos.

Anuncia manejaba una centralita de clavijas que atendía a una docena escasa de usuarios. Cuando no escuchaba las conversaciones que se mantenían a través de la línea, tejía unos vistosos encajes que le servían de complemento monetario al escaso estipendio de la profesión, porque sus manos se habían ejercitado en las labores de primor de las monjas de la Milagrosa. A veces, su osadía, le llevaba a mediar en las conversaciones que se mantenían y a expresar sus opiniones de buena fe, sin que nadie le hubiera dado vela en aquel entierro. Con aquel oficio que le ocupaba la mayor parte del día, pendiente de las llamadas, terminó convirtiéndose en la persona mejor informada de Maganza. Acudía desde la cocina a los timbrazos estridentes del aparato, echaba su parrafada y seguía en sus quehaceres, consciente de la importancia del servicio público que prestaba. Sabida su afición a meterse en vidas ajenas, los comunicantes, cuando querían preservar la confidencialidad de sus conversaciones, tenían que advertirle de su deseo de no ser escuchados, y Anuncia dejaba el auricular sobre la consola de su centralita. No era por malicia que adquiriera aquel mal hábito, sino por el natural temperamento de los habitantes de Maganza, que no tenían secretos dignos de ser preservados. Pero cuando empezó a utilizarse el teléfono en asuntos de negocios, alguien tuvo la feliz ocurrencia de acuñar el vocablo de “confidencial”, que a la telefonista le pareció una palabra de mucho respeto. Dejaba entonces de husmear en las conversaciones, pues no eran estos asuntos los que despertaban su interés. Su afición se orientaba más a enterarse de las fechas de las bodas, de los nacimientos, las defunciones de parientes lejanos y, sobre todo, de los que anunciaban su llegada a Maganza a través del nuevo invento.

La llamada del prócer de Madrid, del empresario de éxito, no tuvo el suficiente valor para dejar de escucharla. Pertenece al apartado de viajes y anuncios de visitas, que en su personal catálogo ético no estaba tachada de prohibición. Así fue como se enteró la primera, aparte de los allegados, de que don Gerardo llegaba a Maganza con la familia, para finales de junio, a celebrar con todo el pueblo las fiestas en honor de san Pedro y san Pablo. No pudo reprimir la tentación de compartir tan magno acontecimiento con sus vecinos, en las conversaciones telefónicas que siguieron, y su saludo de esos días al recibir las llamadas, en lugar de los buenos días o las buenas tardes, se convirtió en: “¿No sabes?, el hijo mayor de Leonardo nos visita para las fiestas”. Y tanta fue la divulgación que hizo del caso, que se convirtió en chanza ese “¿no sabes?”, y hasta los chiquillos lo repetían en sus juegos de la calle, pues era ya verano y no había escuela.

A don Gerardo, en privado, se le conocía mejor por el apodo de “billetes”, que le venía de cuando pretendió pagar unos cafés con un billete de los de a mil pesetas y no había cambio suficiente en el Café. En realidad, hubiera sido preciso juntar la recaudación de una semana de fiestas para atender tan desmesurada cantidad. Terminaron pagando sus invitados, con calderilla, que era la moneda corriente para esas transacciones. El catálogo de sus propiedades y negocios, las nuevas empresas que acometía, eran aireadas en aquel periódico local de doble y escatológico uso, y conocidas por sus paisanos por comentarios de boca a oreja. Pero las gentes del común, que no eran muy leídas, mitificaban sus éxitos comerciales y le atribuían flotas enteras de pesqueros de altura; nada menos que de balleneros; las primeras líneas de transporte de pasajeros en flamantes autocares comprados en Europa; fábricas de papel en Galicia; hilaturas en Mataró, y una red de hoteles que en realidad no poseía. Buena parte de lo que se comentaba era verdad y, lo de la red de hoteles, una exageración amistosa propia de la mentalidad popular de aquel país ancestral donde todos los nombres hacían referencia inequívoca a signos de tierra y agua. Los hitos del paisaje y accidentes geográficos, traían desinencias de un pasado lejano, a veces mítico, donde el manar de las fuentes, el discurrir de las aguas o las actividades mineras de tiempos remotos, daban nombres que se iban transformando con la influencia de otras lenguas indoeuropeas. Los expertos, en su constante búsqueda de los

orígenes, sabían encontrar aquel leve rastro que les llevaba sin remisión al manantial primigenio o al hito de piedra de celebración de antiguos ritos panteístas. Pero el pueblo llano no, el pueblo ponía sobrenombres con el desparpajo de sus conocimientos, aunque el acierto del mote tuvo fortuna y quedó en herencia para los hijos, amén de una cuantiosa fortuna. Pero para eso habría que esperar treinta y pico largos años.

En el tiempo que discurre, para la telefonista de Maganza, la noticia de la visita se le entreveró con otro de los eventos de sus preferencias, como era el nacimiento de la última hija de Mario, el tercero de los hermanos, el que seguía a Bernarda. Se discutía entonces la conveniencia de hacer coincidir el bautizo de la neófita con el anunciado regreso del prócer, y estaba atenta al menor de los comentarios para difundir la primicia. El padrinzago, de coincidir ambos actos, debería recaer inequívocamente sobre don Gerardo y su esposa, según mantenía con fundadas razones Anuncia. Aquel contubernio dio pie para que se entrometiera en las conversaciones sin ningún recato, defendiendo sus posiciones a brazo partido pues, como es sabido, mojaba en todas las salsas. Los hechos no le dieron la razón. Tal vez la niña, que anticipaba de forma temprana las pocas simpatías que les profesó con el tiempo, lloró amargamente con el anuncio y Bernarda, que tenía por entonces dotes de adivinación, emitió su dictamen clarividente: “Los padrinos tienen la obligación de adoctrinar en la fe, y para eso es más útil una persona cercana y sin tantas ocupaciones. No me parece una decisión acertada”. El recurso a la doctrina era irrefutable y nadie se atrevió a contradecirla.

El discutido programa de festejos, además del obligado vermú después de la misa y el baile de mozos acabada la cena, se completó recuperando un viejo rito de los hijosdalgo del lugar, que los hubo en tiempos, de los que no pagaban pechos ni diezmos ni primicias. De aquellos de los que despotricaba Leonardo en sus años mozos y que ahora volvían por sus fueros en aquel juego sangriento de descabezar pollos a caballo con una espada de madera. No consistían por tanto aquellos festejos en alancear toros a caballo, pues no era tierra de reses bravas y, en lo tocante a las lanzas, hacía tiempo que se habían convertido en cañas, del astillero imaginario de aquella nobleza olvidada. Al animal se le colgaba de las patas y había que segarle la cabeza de un hábil machetazo que percutía de sangre a los espectadores cercanos. Pero

era el único juego de caballeros del que quedaba memoria en Maganza. Oficio era de caballeros lo de matar a lomos del caballo, aunque lo del pollo y la espada de madera tuviera ya reminiscencias de villanos.

En la mañana del veintinueve de junio, cuando las gentes se engalanaban para asistir a la misa de pontifical, y los muchachos volvían de coger nidos y atropar fruta de La Encorrada, un deslumbrante haiga negro acometía la última curva de la carretera. Llegaron sin aliento, corriendo desde el puente del río, con el hálito ajetreado por el esfuerzo, diciendo: “¡Ya llegan, ya llegan!”. Bernarda terminaba de arreglarse en ese momento, pero se demoró intencionadamente componiéndose el velo, pues no participaba de los apremios de sus hermanas que salían hasta la puerta en un recibimiento de pleitesía. Adivinaba el gesto osco y distante de su cuñada, sus maneras solemnes, su mirada altiva. No era santo de su devoción por muchos santos que la otra vistiera y, de su pasado ilustre, ponía en solfa la mayor. Se contaba, que el famoso maragato del que descendía, poseedor de una inmensa fortuna, había pedido permiso a la Casa Real para enlosar los salones de la suya con monedas de oro. La prudencia cortesana accedió al pedido, pero con la condición de que las monedas se pusieran de canto, pues no era de recibo que nadie pisara la efigie de su majestad la Reina. A tanto no llegaba su caudal y desistió del empeño. De estas ínfulas bebía la señora, que cuando descendía del coche parecía venir de otro mundo a dignarse pisar la tierra. Faltaban quince minutos para la misa y a la iglesia se llegaba en un verbo. La carreta había llevado de buena mañana los sillones tapizados en terciopelo azul de su casa, los que ocuparían los invitados de honor, y en la cocina todo estaba dispuesto para una comida de siete platos en la que no faltaban las truchas de río pescadas a mano. Se miró de nuevo en el espejo y se preguntó: “¿Vendrá Florencio?”. Se situaba prudentemente en los últimos bancos, para salir a hurtadillas a fumar con los que no entraban a misa. Concluyó que a la hora del vermú lo vería. Le agradaba ahora más si cabe que en los mejores tiempos de la juventud. Su aspecto bondadoso de siempre se había dulcificado en los gestos y en el porte, y hasta aquella incipiente barriga de felicidad que hacía resaltar los tirantes del pantalón, le sentaba bien. Con el paso del tiempo, la experiencia de criar a toda la prole de hermanas y hermanos, su complicidad con el médico era algo más que ese noviazgo eterno que sus vecinos le

endilgaban. Era una camaradería acrisolada en compartir ideas y principios que los prejuicios de sus paisanos no lograban comprender. La amistad entre un hombre y una mujer eran ideas extrañas a las gentes de Maganza, cosas del extranjero. Pero ella se arreglaba ante el espejo para él, como siempre lo hacía, cuidando los detalles de su atuendo. Él, para corresponderle, se ponía una flor viva en el ojal de la americana, y en ese lenguaje sin palabras de mutuo entendimiento, pasaban por encima de las habladurías sin que llegaran a rozarles. Habían pasado más de veinte años desde el día en que recitara “El tren expreso” en el jardín familiar, ante las visitas llegadas de Madrid, y lo que en un principio consideró como una atracción propia de una mujer por un hombre, se había ido dulcificando en los gestos y en las palabras hasta perfeccionar todos sus pensamientos.

Esperó a que se deshiciera el corro de la puerta, hasta sentir los pasos del cortejo camino de la iglesia, y bajó las escaleras como si Florencio le aguardara al pie de los peldaños para ofrecerle su brazo y bajar juntos a la misa. Pero bajó sola, absorta en sus recuerdos, de cuando Florencio le mandara recetas magistrales con ingredientes rimados y ella pedía aclaraciones que nunca precisara. Recobró el porte de sus cincuenta y dos años, porque su edad iba con el siglo, y se adentró por el pasillo central de la iglesia cuando la figura del cura se recortaba en el claroscuro de la sacristía acompañado por dos monaguillos.

Aquel verano de la ilustre visita, corrían ya por los campos y trochas de Maganza tres docenas largas de nietos, y Leonardo se había desentendido del agobio diario de los negocios porque las manos de sus hijos se sobraban y bastaban. Su juicio, no obstante, era imprescindible para acometer cualquier nueva empresa. Aunque Gerardo no precisaba autorización paterna, pues se había desgajado del tronco común hacía doce años, en el que acometía en ese momento le pareció obligado. Madrid era su territorio, pero en los de la comarca se consultaba a padre. Desde la conversación que le llevara a Burgos, a solas los dos en el despacho, no recordaba otro momento de semejante solemnidad. Casi siempre, se veían rodeados del resto de los hermanos, tratando asuntos comunes que les concernían a todos. Gerardo eligió la hora “sagrada” de las partidas de subasta del Café, cuando Leonardo se retiraba a la galería a ensimismarse con sus pinceles. Lo encontró

dibujando al carboncillo un san Pedro de mirada ausente. Pensó que sería la influencia de la fecha o, que los años, le habían llevado a una devoción que nunca le notara. Le saludó desde la puerta y elogió luego la perfección del trazo.

–Siéntate Gerardo, hacía tiempo que no conversábamos.

–Así es padre, pero no por mi gusto, el tiempo es mi peor enemigo.

–Yo ya lo he conseguido doblegar, y lo empleo en cosas que me satisfacen. ¿Qué te ha parecido la homilía?, se diría que el cura no tenía palabras más que para ti. Bueno, también para tu esposa.

–Será por lo del manto de la Virgen, Carmen se lo ofreció esta mañana.

–Sí, será por eso, y por el billete de mil pesetas que has dejado en el cestillo. Pero dejemos la avaricia de los curas, es una conversación que me aburre.

–Le quería hablar padre, si tiene tiempo...

–Claro, para ti siempre lo tengo –y dejó el difumino encima de la mesa.

–Estoy pensando en montar una industria en la zona, una fábrica de papel paja para embalajes de cartón.

–Magnífico, apruebo la idea, ya era hora de que te acordaras de tu tierra.

Gerardo carraspeó y eligió con tiento las palabras, con padre nunca se sabía la deriva de una conversación, y su frase final llevaba un deje de velado reproche.

–Quisiera saber si tiene interés en invertir, será un negocio seguro.

–Naturalmente, y todos tus hermanos. Ahora se te ofrece la oportunidad de resarcirlos. Espero que esa sea tu idea.

–He pensado en Mario para dirigirla, ¿lo aprueba?

–Deberías preguntárselo a él, yo estoy de acuerdo.

Se giró hacia la tabla que apuntocaba sobre una pila de libros y observó con detenimiento su trabajo. Buscó el trapo a tientas que había dejado sobre la mesa, sin parar de mirar lo que no le cuadraba, y se decidió por fin a borrar un pliegue del manto. Gerardo se le quedó observando unos instantes, tratando de descifrar aquella pasión de su padre que no lograba entender. Recordaba sus manos hábiles con la talla, cuando le mandaba sostener el candil de petróleo por encima de su cabeza en las noches que cogía la gubia y labraba

la madera. Sus inclinaciones artísticas siempre tenían un fin práctico, pero aquella no. Si se evadía del mundo real era porque algo no le gustaba. Desde que estalló la contienda se le cambió el carácter, eso era indudable. Nunca fue hombre de muchas palabras, las justas y poco más, pero ahora se convertían en sentencias como dardos. Será la edad, se dijo para sus adentros, y abandonó la galería.

El baile del Café, en la explanada junto a la curva del río, se estrenaba con los primeros sonos de un brioso pasodoble que apagó el canto de los grillos. Los chiquillos enredaban excitados jugando al “tú la llevas” y las muchachas en edad de merecer se arrebuñaban en sus mantones con gestos nerviosos esperando que las sacaran a bailar. Los mozos, a una prudente distancia, fumaban a hurtadillas cigarrillos liados de picadura cogiendo ánimos para decidirse. Las tías chaperonas se abanicaban excitadas por los calores de finales de junio, diciendo que no recordaban otro sofoco igual, pero sin perder ripio de las miradas taimadas de los mozos. Las parejas maduras, los casados, evolucionaban por la improvisada pista de baile levantando pequeñas nubes de polvo con enérgicos balanceos de los brazos, tarareando la letrilla del pasodoble. Los abuelos, con la boina atascada, apoyando las dos manos y la barbilla sobre el bastón y los ojos como platos, echaban tientos a los vasos de vino a medio consumir. A la altura del puente, por el camino de Los Arrotos, conversando quedamente y a pasos que parecían no querer llegar nunca, se acercaban Florencio y Bernarda. Las tías chaperonas se intercambiaron toques de atención con los abanicos, plegándolos y volviéndolos a abrir como si el calor arreciara, pero en el lenguaje del abanico era un signo de alarma. La luna se enredaba en los chopos del río, como si quisiera quedarse a mirar curiosa la escena aldeana. Maganza soñaba en la noche de junio.

El mirador se iba quedando sin luz. Un sol rojizo tintaba las nubes de sangre, las “*rubianas* al sol poner mañana buen día va hacer”, según pronóstico meteorológico del acerbo popular. Leonardo escuchó el ronroneo del motor y las ruedas arrastrando piedras sueltas de la calle. Dejó el carboncillo sobre la mesa mientras la bulla de fiesta y la música se colaban por el postigo abierto, sintiéndolas como algo ya lejano, ajeno. Consultó el reloj de bolsillo y decidió bajar a la cocina, a tomarse la cena que le dejaran antes de irse al baile las hijas. Domiciana seguía en su duermevela de la butaca,

recitando para su fuero interno los acontecimientos del día. Era su forma particular de recrear su diario, su biografía, pues no aprendió a escribir. Pretendía presentarte ante el Señor con la lección aprendida de memoria, para rendirle cuentas sin olvidarse de nada. Tendría que confesarle el asunto del vino, de cuando aguló un cántaro entero y la sorprendió Leonardo en falta: “No me andes en el vino, Domiciana, que yo no lo vendo con agua”. Aquel pecadillo de avaricia que le volvía a las mientes cuando recordaba, porque no podía olvidarlo ante el que todo lo sabía. Se revolvió al escuchar los pasos bajando los escalones de madera y preguntó entre sueños si se había terminado el baile, y si se acostaba ya. Leonardo le dijo: “Descansa”, y se quedó de nuevo dormida. Recordaba luego todos sus partos, los nombres de sus hijos, como su seña de identidad más clara sobre la Tierra. Entonces soñaba que todo lo tenía ya hecho, y que sólo le faltaba que se acordaran de ella allá arriba para descansar en la paz del Señor. Destapaba el plato cuando cesó la música en un descanso de la banda y descubrió unas tajadas de pollo. Cortó un trozo de hogaza y se escanció un vaso de vino. Era pan de su harina y vino de sus cepas. Todo hombre debería saber sacar producto a la tierra. No podía entender los nuevos negocios que se hacían sin sudor ni esfuerzo. La tierra era el soporte de todo, la base sobre la que edificar otras empresas. Él, compró tierras, y sembró su pan y recolectó su vino y todo lo que se llevaba a la boca. Dominó el curso del río para mover su fábrica y moler su harina. No dejó nunca de cumplir la palabra dada, ni deuda pendiente, ni agravio por remediar. Fue justo en el trato y no se aprovechó de la debilidad ajena. El mundo se había trastocado con aquella guerra y ya nada sería lo mismo. Comió con apetito, rumiando en cómo sería una fábrica de papel para embalajes, qué máquinas llevaría, cuánto capital se precisaba. Pero sus palabras al hijo mayor habían sido justas y le habían salido de lo más hondo de su convencimiento. No le respondió con claridad. No importaba, si no lo hacía de mutuo propio, lo haría él, a todos por igual. Se quedó conforme, era la duda que no acertaba a resolver desde hacía tiempo. Lo haría de su propio capital, para resolver de una vez por todas aquella cuenta que no le cuadraba. Ya podía dormir tranquilo: y apuró el resto de vino que le quedaba en el vaso.

9

El camión cargado de muebles estaba preparado y a punto de salir hacia el nuevo domicilio donde se ubicaba la fábrica de papel, el último proyecto de Gerardo, en el que había elegido a su hermano Mario con plenos poderes para dirigirla, cuando la hija pequeña reclamó con desconsuelo su muñeca Cayetana, y hubo que revolver varios bultos del equipaje hasta encontrarla y ponérsela en las manos para que se callara. Se había librado de llamarse Carmen, en el último momento, por la intervención clarividente de

Bernarda, pues no le cuadraba que aquella niña debiera llamarse así, y estaba en la creencia de que los nombres terminaban imprimiendo carácter a quienes los recibían. Consideró más prudente, que con las aguas del bautismo, le pusieran los nombres de María Jesús de la Trinidad, cuya onomástica se celebraba un día impreciso del calendario, aunque terminaran llamándola coloquialmente y para siempre, Chus. Había descubierto, por los extraños vericuetos de sus elucubraciones, que aquella niña terminaría heredando el verdadero espíritu de su casa, el libre pensamiento del abuelo, su afición por el conocimiento de las cosas verdaderas que no perecían con el paso del tiempo, y era el caso de que podía extraviarse por la vida con un nombre que no le correspondía. Fue Bernarda la que se empeñó en buscar la muñeca, pues se había erigido en su madrina anónima, cuando terminó aceptando otra más joven de sus preferencias, para que aquella niña que apenas contaba tres años no se malograra, y protegiera en lo sucesivo a las generaciones que le siguieran cuando ella no pudiera hacerlo. Los pronósticos de Bernarda se revelaron acertados, y tuvo buen cuidado, de que los papeles que le enviaba hacia el futuro en los cajones de aquel aparador que nadie le disputaría, se acreditara en una manda personal de un codicilo de su puño y letra. Pero aquel su primer viaje se recordaría siempre por los llores reclamando la muñeca Cayetana, que fue un regalo de Reyes de la madrina que le adjudicara Bernarda. Observó con cuidado aquella pequeña hoja que apenas despuntaba en el árbol de Angelina y, antes de que la pluma iniciara su trazo, recomendó vivamente a su amanuense personal que la orientara a un espacio libre donde diera el sol y brotaran nuevos retoños. Fue ella también la que dio el visto bueno al pretendiente que terminaría siendo su marido, en la ceremonia del comedor de respeto, el de las grandes celebraciones, cuando mandó poner los manteles de hilo, la cubertería de plata y el cristal de Bohemia para recibirle, sin hacer caso de las indirectas de Efigenia que mascullaba entre dientes que no era para tanto, que parecía viniera el mismísimo obispo de Astorga a visitarlas. Pero Efigenia, que la magnitud de las celebraciones se medía por el santo del día y el cargo eclesiástico del oficiante en la misa, protestó sin mucho éxito las disposiciones de la hermana mayor. Regentaba por entonces una tienda de abarrote, en la que se vendían desde el bacalao cortado en una máquina de cuchilla a las zapatillas y galochas, y había casado ya con

Antonino, que también renegó por el vino de marca requerido por Bernarda para la comida. Aún no les había entrado la miseria, y cocinó de buen grado platos de carne y pescado para agasajar a los invitados. Era por el agobio de abrir el comedor de recibir, al quedarles más a mano el de diario, junto a la cocina. Cuando le entró de veras la miseria, Antonino ya había rendido su alma al as de oros, su carta preferida de la baraja en las reñidas partidas de subasta del Café. Era previsible que, una vida que transcurrió sin dejar huellas visibles sobre la tierra, ni de reja de arado ni de ciencia o gracia reconocida, se diluyera sin tan siquiera llamar la atención con el entierro convencional de un duelo y velatorios rituales. Decían que la sangre de aquella estirpe se había maleado en cruces endogámicos de primos y parentela cercana, para preservar la hacienda que trajeran sus ancestros indianos, de un caudal del Potosí que invirtieran en tierras de buena labranza. En el día de todos los Santos, cuando las gentes subían a honrar a sus difuntos, cayó fulminado Antonino sobre el panteón de mármol de alguno de aquellos Álvarez o García que poblaban el cementerio. Muchos pensaron en la prudencia de aquel hombre, que había muerto con el mismo recato que vivió, y que su reconocida tacañería le llevara a aprovechar el día de difuntos para ahorrar a la familia los gastos de su entierro. Aquellas opiniones pronto se demostraron equivocadas, pues como era lógico suponer, les hizo incurrir en la doble tarea de bajarlo de cualquier manera, para subirlo de nuevo con la parafernalia que las honras fúnebres prescribían. Pero el suceso fue tomado con esa intención, como el intento póstumo de ahorrar trabajos y dineros a la familia. Mucho más tarde se supo, entre los íntimos, las llamadas insistentes que Ifigenia le hacía mientras Antonio yacía inerte sobre la losa del panteón. Le llamaba con voz emocionada: “Antonino, Antonino, no te vayas así”. Los más pensaron que se trataba de un reclamo tardío del corazón, pues entre ellos no quedaban otros sentimientos que la costumbre de toda una vida. Pero alguien que estaba cercano descubrió la verdadera razón de aquel reclamo insistente, cuando la escuchó decir: “Al menos dime dónde metiste las mil pesetas que te di esta mañana”; mientras le rebuscaba en todos los bolsillos del traje. De aquella experiencia de casamiento sin descendencia sacó Bernarda en conclusión, el acierto de la sobrina al elegir un pretendiente venido de tan lejos, de tierra de moros cristianizados, pues así la sangre se aireaba de las miasmas de

aquellos cruces de interés por unos míseros cuartales de más o de menos. Por sus conocimientos de genética, ya tenía noticias de las leyes de Mendel, y de otros hallazgos de la ciencia que sus paisanos ignoraban.

Aquel día lejano, cuando se despedían de la idílica Maganza, constituía su más remoto recuerdo. Tal vez fue por el episodio de la muñeca que le quedara grabado para siempre, o por las manos cálidas de Bernarda al entregársela recordándole el cometido que le tenía asignado, pero le dejó un sentimiento de pérdida que no consiguió nunca remediar. Maganza empezaba a despoblarse de las gentes emprendedoras que le habían dado vida, y tal vez era motivo suficiente para llorar, aunque una niña de tan corta edad no podía aún entender esos sentimientos. El lloro de aquella despedida se atribuyó sin género de duda al reclamo de la muñeca, pero ella ya sabía que lloraba por otras cosas, y que la muñeca era la coartada más acorde para una niña de sus años. Se reveló más tarde la trascendencia que tendría en su vida, cuando se le despeñó por las escaleras que daban al traspatio salvándola seguramente de un accidente previsiblemente mortal, pues se había encariñado de ese lugar de la nueva casa. La puerta se clausuró con un cerrojo alto, fuera de su alcance, mientras ella reclamaba que llevaran a su Cayetana al hospital de los muñecos para curarla de un brazo dislocado y una matadura en la cabeza.

En aquel patio trasero crecía lentamente una palmera con hojas de sombrilla, que se había aclimatado por uno de aquellos caprichos de la naturaleza al frío tan extremo de la capital de la Maragatería, del que se decía contaba sólo con dos estaciones: la de invierno y la de RENFE. Era otro augurio sobre el futuro que le esperaba al ir a casarse con el pretendiente venido del Sur, donde esa especie arbórea proliferaba en parques y jardines. Pero entonces no era del todo consciente de lo que le depararía el destino, que siempre encuentra signos ocultos para desvelarse con anticipación, aunque rara vez se sepa encontrar su significado. Mucho más tarde, en el ocaso de sus vidas, cuando compartían ya tantas complicidades, consiguieron poner en común aquellos sucesos desconectados y sin aparente relación, al descubrir que él también lloraba con sentimiento a esa misma edad, sin saber el por qué de su llanto.

El uniforme del colegio era un sayón azul tableado con cinturón de hebilla que eliminaba cualquier atisbo de formas femeninas, pero lo que odió con encono desde el primer momento fue aquel cuello almidonado que se le clavaba en la garganta y no la dejaba respirar. La llevó de la mano por calles heladas y desconocidas, en su primer día de escuela, su hermana Josefina, que le superaba en cinco años la edad. El paredón rústico de tapial que circundaba el patio de juegos era un símbolo carcelario, una muralla que no se podía traspasar, pero el camino de entrada se hacía a través de una pérgola de hiedra que le recordaba los árboles del bosque, antes de llegar a Los Arrotos, que simulaban en la distancia supuestos arcos enramados que se desvanecían al acercarse. En la puerta, un caballo uncido a una tartana, de la que bajaban otras niñas con uniformes, daba golpes rítmicos de su pezuña en los adoquines. Su hermana le instruía al oído poniendo la mano de pantalla revelándole los primeros secretos: “Son las niñas del cuartel”. El caballejo esperaba estoico a que bajaran disciplinadamente las hijas de los oficiales y luego emprendía un regreso cansino por el camino de la muralla.

Llevaba en el cabás su cartilla de las primeras letras, el lapicero y la goma de borrar, como los atributos de su primer día de escolapia, con la lección del parvulario que nunca olvidaría: *Un palito largo, un sombrerito, un palito corto y un puntito: pi, pi, los pajaritos cantan así...* Que le pareció una memez, porque ella conocía el canto de los pájaros y no tenía nada que ver aquel pitido con los hermosos trinos de los de Maganza. Los pájaros de la ciudad serían bobos de remate y no sabrían cantar. Pero se alegró en su primer día de recreo, junto al estanque, cuando las niñas mayores la dejaron jugar a los cromos y a las mariquitas, porque su hermana era de las grandes y tenía unas amigas muy simpáticas. Ante tanta novedad, empezó pronto a olvidarse de los juegos del verano, de los flotadores de corcho para aprender a nadar en la Presa de Abajo y en Pozo Redondo, de las excursiones con la merienda a la Central, de ir al río a pescar renacuajos, y tantas cosas divertidas, sin tener que ir a aquel colegio donde la hermana Generosa atizaba unos pescozones de cuidado cuando llegabas con los zapatos mojados de pisar los charcos.

Nunca le gustaron las clases de música. Sería porque el aula estaba junto a la carbonera, un lugar tétrico por el que había que pasar a repasar el solfeo. Su martirio se acabó cuando las monjas llamaron a su padre, preocupadas por el oído de artillero de la hija, y a su pregunta: “¿Qué tal va su hija de oído?”, la respuesta campechana: “Oír oye bien”, consiguió que la dejaran de molestar para siempre con el dichoso canto. De eso estaba ya segura, no se dedicaría a la canción, tenía todavía un largo elenco de profesiones a las que dedicarse. Como con los números, para los que demostró una temprana vocación. Sería por aquella afición de ayudar a su padre los días de pago, cuando llegaban con sus vales los paisanos y ella sumaba de corrido y sin equivocarse largas listas con el peso de los sacos de patatas. En el despacho había muchas cosas interesantes, pero la que destacaba entre todas era una vetusta máquina de escribir, de las primeras Hispano Olivetti, que aporreaba al menor descuido dejándole las letras enlazadas.

El rezo iniciaba las clases, luego, se pasaba lista. En las horas de estudio de la tarde, cuando se acercaban los exámenes y la naturaleza empezaba a bullir a su alrededor, el aire le traía un aroma lejano, el del pinar de arriba en el camino de los Cuatro Bolos. Tenían que hincar los codos, con la cabeza gacha, que era signo inequívoco de aprovechamiento, pero cuando llegaba la primavera y bajaba la cabeza le empezaba a sangrar la nariz. La madre María Jesús nunca la creía, y pensaba que lo hacía adrede. Para entonces ya iban al cine, a las primeras películas en cinemascopio, como *El Rey y yo*, que protagonizara el Yul Brynner de los mejores tiempos, que les encandiló con su reluciente calva. Pero las monjas pretendían controlar hasta las películas que visionaban. El catálogo de prohibiciones estaba rigurosamente tasado. Podían ver las clasificadas con los números 1 y 2, como las únicas apropiadas para su edad. Las que llevaban el 3 eran para mayores y la R, denotaba una particular prohibición: mayores con reparos. El 4 estaba reservado a las “gravemente peligrosas”, como *La gata sobre el tejado de zinc*, para cuya proyección recayó la advertencia previa de quien llegara a verla tenía asegurada la expulsión del colegio. Las admoniciones morales se hacían en las clases de “explicación”, que pretendían prepararlas para la vida en

sociedad, por una monja con aires de moderna cuyos conocimientos de la vida eran peregrinos y más bien escasos. Se limitaban a prevenirlas en exclusiva sobre el peligro que representaban los hombres, con sucesos estrafalarios que nada tenían que ver con la realidad. Aquella monja se esforzaba sin mucho éxito en apartarlas de las tentaciones de la carne, porque sus torpes explicaciones despertaban más aún su interés. Cuando se abrió la primera *Boite*, cuyo nombre pronunciaban con acento francés y abriendo los labios para darle mayor emoción, la prohibición fue total, bajo pena de expulsión irrevocable. A los bailes del Casino, por las fiestas de agosto, podían ir acompañadas de los padres o los hermanos mayores, pero el baile del Jardín no estaba tan bien visto para las señoritas del colegio. Aquel jardín romántico con su pequeña gruta, los rosales trepadores y el templete de la música, se arruinó para siempre con la grafiosis de los negrillos, de los álamos negros que sombreaban los bancos de sus tertulias juveniles, de las conversaciones sobre los conjuntos musicales de moda y las incursiones en la literatura, de los primeros libros que se pasaban de tapadillo. Con el quiosco de las patatas fritas y las aceitunas picantes, el vermú de garrafa, y algún beso fugaz y furtivo que no conseguía recordar. Los bancos tenían nombres propios en función de sus ocupantes habituales: el de los niños, los enamorados o los viejos, que era el más soleado.

Para entonces ya habían transitado por todos los juegos del desván: el lugar donde guardaban sus primeros secretos, los arcones con ropas retiradas de uso para disfrazarse de personas adultas, los álbumes de cromos de las diez maravillas del mundo y, sobre todo, el rincón oculto al que acceder sin permiso y encontrar los más insospechados objetos. Fue una tarde de tedioso estudio junto al calor de la mesa camilla recitando las lecciones de memoria, cuando surgió la idea de subir a jugar. Ya habían agotado el ritual de los paseos a la despensa en busca del chocolate, del vaso de leche con el que mojaban las mantecadas abriéndoles un agujero en el centro, y el aburrimiento de la tarde invernal les asediaba. La propuesta de subir al desván se planteó como tantas otras veces, en la complicidad de la casa vacía. Tras la cortina se camuflaba un pequeño habitáculo con aspiraciones de capilla y escaños a ambos lados, con la hornacina donde se dejaba a la virgen itinerante que iba

de casa en casa. La insegura escalera de peldaños de madera crujía anticipando la aventura, la trasgresión, el lugar prohibido que hacía latir apresuradamente el corazón, les aguardaba. Llamó su atención una caja en el altillo del armario y arrimaron una silla. La curiosidad pudo más que el asombro de su descubrimiento: una pistola Browning con munición del calibre nueve corto esparcida por la caja, apareció ante sus ojos atónitos. Jugaron a policías y ladrones, hasta que la pistola se disparó con estruendo: tenía una bala olvidada en la recámara. El impacto se incrustó en el techo dejando un rastro de pólvora flotando en el ámbito del desván. El susto no lo olvidarían nunca, ni su terror a las armas de fuego que conservaron durante mucho tiempo, porque pudo haber matado a su hermana. La salvó la inexperiencia, el retroceso del arma que elevó el punto de mira sobre el blanco al que apuntaba en su juego. Desde entonces, el desván se convirtió en el espacio que guardaba su secreto, el que nunca confesarían a nadie, y al que no volvieron a subir por propia voluntad.

El incidente de la pistola le dejó colgando una pregunta sin respuesta sobre esa guerra lejana de la que nadie quería ya hablar, de ese tiempo de violencia que se pretendía olvidar; pero la bala incrustada en el techo se quedó para siempre como una imagen vívida y letal, y aquellas lecciones de memoria que recitaba en sus libros de texto empezaron a sonarle como una cantinela vacía, sin demasiado sentido. Era la constatación de que detrás de los relatos heroicos, de la fanfarria de metal de las trompetas de victoria, quedaba un rastro de sangre y muerte, de sufrimiento, que no se reflejaba en la letra de los libros que leían.

Fue una tarde de mayo, pero hacía frío, y siempre la recordaría como de invierno a pesar de las flores a María y los velos blancos con que las revestían para la ofrenda mariana. Cursaba su primer año de bachillerato. La hermana Generosa siempre traía los recados luctuosos y las sacaron en plena clase de historia con la urgencia de lo inaplazable. Valentín, el chofer de la fábrica, les esperaba con aire contrito y les franqueó la puerta trasera del SEAT 1400, de aquellos primeros turismos de formas redondas, casi femeninas. Lo dijo en un tono inaudible: “El abuelo ha muerto”, y cerró la puerta del coche. Todos los primos estaban en Maganza esperando. Cuando llegaron, les pusieron en una

fila interminable para dar el postrero adiós de un beso. Estaba en el comedor grande, junto a la cocina, con su cara gordezuela que había perdido el tono rosáceo de buena salud: “Claro, estaba muerto”. A los pequeños les llevaron luego del beso ritual al cuarto de la calefacción, para que jugaran y quitarlos del incordio del velatorio, pero no había ese ambiente de otras veces, de cuando se reunían en verano y los días les parecían cortos para llevar a cabo todas las travesuras imaginables. Tenía cumplidos los 93 años y una existencia larga y fructífera. El ambiente era de serena solemnidad, no de tragedia. El abuelo parecía presidir su propio duelo, con las manos cruzadas y su aspecto bonachón, dando a entender que ya todo lo tenía hecho en este mundo y que daba por terminada su vida. Sus manos ya definitivamente quietas, las que nunca estuvieron inactivas, se daban un merecido descanso, ahora por toda la eternidad. Entonces no lo pudo entender, era aún muy niña, pero un día impreciso de un invierno cualquiera, como recordaba aquel día, le vino nítida la imagen del abuelo en una escena cotidiana y familiar sin rastro de ya de tragedia. Se había reconciliado con su muerte, aceptándola, cuando entendió que con el abuelo se fue toda una época de intensa y rica aventura en Maganza. Lo comprendió en toda su soledad más tarde, cuando vio como derribaban su casa, y se iba por el suelo todo un siglo de trabajo y constancia. Él no dejó un solo cabo suelto. Había distribuido en vida responsabilidades y hacienda entre todos sus hijos, ya poco necesitaba, y de su legado de futuro quedaba Bernarda como garante del espíritu emprendedor de aquella casa, como albacea del buen juicio y sereno entendimiento en las cosas no perecederas, la que le atendió con maternal cuidado y escuchó sus últimas palabras de paz y sosiego.

La herencia inmaterial de Leonardo, sus talentos de la parábola, se repartieron de forma desigual entre sus deudos. El séptimo de sus hijos, el que heredó su nombre, se aficionó de forma tardía a las habilidades artísticas del padre. Tenía ya el pelo tan blanco que parecían hilos de fina plata al trasluz. No se le conocía tal afición, y con la simple observación y la paciencia de sus manos, reconstruyó una por una las antiguas iglesias de todo el señorío, de pura memoria, pero con tal fidelidad y minuciosos detalles, que eran una pequeña copia exacta. Algunas ya no existían, como la de la propia Maganza, que derribaron contra la voluntad de Leonardo para erigir un artefacto

modernista que desentonaba con la arquitectura popular de aquellas construcciones del románico rural, que enseñan sus espadañas al trasponer los oteros del camino. Fue un trabajo de años, con materiales de la propia tierra: piedras y maderas enlazadas sin artificio de pegamento o argamasa, de forma artesanal.

El mundo siguió girando en su vorágine de tiovivo y los nuevos inventos del siglo entretenían con sus luces de artificio las pérdidas irreparables del corazón, los huecos que dejaban en el alma las ramas desgajadas de la conciencia, de un tiempo huidizo que se alimentaba con jirones de olvido. Los años sesenta del siglo veinte irrumpieron con estridencias de nuevas modas musicales, reproducidas en las máquinas con discos de vinilo impulsados por el peso de una moneda, que hacían girar un brazo mecánico y colocaban en el plato la canción elegida con sólo pulsar una clave: H24. Fue la novedad en el Café Imperial, a la salida del Instituto, al calor de los primeros vasos de vino. Era el tiempo de los discos dedicados, en la emisora local que se instaló en los altos del Café Central, donde iniciaron aquel programa insólito con discos traídos desde Madrid de Bod Dylan, que ponían la nota estridente en un paisaje de sotanas a la vieja usanza y uniformes con galones dorados. Fue también el tiempo de aquellas cartas de tímido amor, de tres folios cumplidos de apretada caligrafía, con renglones enteros de tinta corrida por lágrimas verdaderas, que recibía con puntual insistencia de un enamorado de la comarca Bañezana. Le esperaba estoico a la salida de clase, con el pálpito pendiente de una mirada siquiera, sin atreverse a abordarla a veces, sin expresar de viva voz aquellos sentimientos que se le desbordaban en la intimidad de su cuarto en interminables cartas de soldado. Le desazonaba su imagen lastimera plantado en la esquina, pero no alimentó aquel sentimiento desmedido de sus cartas, que nunca alcanzara a expresarle en palabras. Para entonces ya estaba en el Instituto, cursando preuniversitario, y no prestaba excesiva atención a los requerimientos de otros pretendientes que iniciaban el cortejo, de amigos de la pandilla, pues tenía su objetivo bien definido en irse a estudiar a Madrid. Las oportunidades de la ciudad provinciana le ofrecían pocas posibilidades de elección, y la idea de estudiar en la capital, de acceder

de paso a los estrenos de cine y teatro, era un aliciente añadido para salir de aquel ambiente que se le iba haciendo pequeño cada día que pasaba.

Maganza se iba diluyendo en la niebla invernal de su río, en los lejanos veranos con aromas de mies recién aventada, en el remoto dulzor de las ciruelas japonesas del patio del abuelo materno, en las excursiones con merienda subiendo en carro la empinada cuesta de la Central, y en un rumor de risas infantiles que se iban atenuando como una música que se alejaba.